

2/11/71
#4841-AKDR

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Ciudad de Quito
Su venta es penada por la Ley

LA TENTACION



ALEJANDRO ANDRADE COELLO

860-1(866) Andrade

A 5531

g. 2.

La Tentación

Versos en agraz

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
NO. 6155	ANO. 1990
PRECIO	DONACION

0001447 - J.

IMPRESA Y ENCUADERNACION NACIONALES

QUITO—ECUADOR—1912

Obras del mismo autor

Maldonado, Mejía, Montalvo... (Motivos Nacionales).— Tomo I.

Nociones de Oratoria. (Agotada).

La Ley del Progreso. — El Ecuador en los últimos 15 años.

Algunas ideas acerca de educación: — Sarmiento. — Muñecas. —
Acuarelas. — Las etapas de la vida.

Vargas Vila. — Ojeada crítica de sus obras: De "Aura ó las Violetas" á "El Ritmo de la vida".

Plaza.

Estudio dramático.

11.10.19



INDICE

	<u>Páginas</u>
CARTA — PRÓLOGO	VII
ETOPEYA	XIII
<i>La Tentación</i>	I
I. — En el Templo	1
II. — La Misa.....	5
III. — Explicación de la Misa.....	6
IV. — La Elevación de la Hostia	9
V. — Meditación	11
VI. — Evocación	13
VII. — Amor	15
VIII. — Monólogo	16
IX. — Oración	19
X. — La Mujer.....	23
XI. — La Soledad	26
XII. — Plegaria	32
XIII. — Recuerdos	36
XIV. — Color de Rosa.....	40
XV. — Evocación.....	53
XVI. — La Victoria	55
XVII. — Conclusión.....	63

	<u>Páginas</u>
<i>Versos en agraz</i>	65
Lirios y violetas	67
Aciaga	69
La Muerte	81
Escena Infantil	85
Azucena	87
Mi ensueño	90
Huérfano	94
Madre é hijo	95
<i>El cuento de la abuela</i>	97
<i>En el erial</i>	104
<i>Flor ideal</i>	111

GARTA-PROLOGO

Señor Dn. Alejandro Andrade Coello.

Mi estimado amigo:

Me pide Ud. un prólogo para su libro, titulado "La Tentación".

Pero yo le diré con franqueza que nada hay más inútil que un prólogo, cuando no es el propio autor el que lo escribe, y un motivo especial no lo justifica. Fuera de este caso, es una pieza extraña, que ni aumenta ni disminuye el mérito de la obra.

Tan convencido estoy de lo que le digo, que yo jamás lo he pedido para mis publicaciones; en la seguridad de que, si esta fruta es buena, servirá de pasto á las aves del cielo, y si mala ó insustancial, irá á confundirse con las hojas que arrebató el viento.

Un prólogo ajeno en materia literaria, es inútil. Suponga Ud. que yo dijera maravillas de su obra, y

que ella fuera mala; pues continuaría siéndolo á pesar de mis hipérboles. Suponga ahora lo contrario, que sea buena, pero que por prevención personal, como sucede con algunos de nuestros críticos, le desmenuzara á Ud. en su libro: pues esté Ud. seguro de que su bondad intrínseca ahí se estaría, á pesar de mis ironías y mis perversas intenciones.

Pero dirá Ud. que puedo por lo menos desentrañar de ella las bellezas que encierra, para hacerlas conocer del público. A lo cual le contestaré que no puedo presumir del dón de acierto en este género de empresa, sobre todo en tratándose de una publicación que acaba de hacerse, pues nada hay tan difícil como juzgar acertadamente un libro nuevo. Las mejores plumas, los mejores críticos han estado muchas veces en contradicción respecto de un mismo autor y una misma obra. ¡Desgraciado de Shakespeare con un prólogo de Voltaire para sus dramas! No le hubiera quedado otro consuelo que dejarlos al tiempo como lo hizo Esquilo con sus tragedias. Pobre Echegaray: ¿quién no se cree autorizado á reirse de él? que hinchado, que ampuloso, que huero, que romántico, que enemigo de la realidad, la mar. Sólo defectos; ni una sola cualidad. **Avanzados** ha habido que han llegado á sostener que Echegaray es la vergüenza del teatro español. Si el mundo escuchara á estos **críticos**, Echegaray carecería de auditorio.

La idea de ser presentado al público por una persona más ó menos autorizada, como se hace en un salón con las personas que entran en él por la primera vez, esta idea no creo yo que haya podido moverle á Ud. al pedirme este prólogo que sin querer escribo. En pri-

mer lugar, porque mi nombre no está todavía consagrado en el mundo de las letras. En segundo lugar, porque Ud. no es una persona desconocida, para que necesite de presentación, pues todos le conocemos por sus escritos que le honran. En tercer lugar, porque nadie necesita ser presentado para salir á la palestra literaria. Gracias al principio de libertad consagrado por la civilización moderna, todo el que puede enseñar verdades, ó defender ideales, ó combatir errores, tiene el derecho, más aún, el deber de hablar muy alto, como lo tiene el sacerdote de enseñar la verdad religiosa desde la cátedra sagrada. No hacerlo, sería ponerse en peor condición que el avaro, que deja perecer de hambre y de frío á los menesterosos.

Otra razón que tengo para creer que este prólogo será de ningún valor para su libro, es que yo jamás escribo en verso, y que por consiguiente mi incompetencia es mayor en esto de juzgar un libro de poesías como el suyo.

Esto no quiere decir que no pueda yo libremente manifestarle mis impresiones personales, despues de la lectura de su obra.

Si se prescinde de algunos versos que requieren pulimento, y de algunas estrofas en que su numen de poeta se desvanece; en su conjunto "La Tentación" es un poema hermoso y delicado, que hace pensar, y que deja como saturado en el paladar, en toda el alma, un dejo de perfume suave y duradero. Hay completa unidad de acción en el plan, pues aun las partes más flojas están ligadas al asunto. Desde que principia la misa hasta la elevación, es decir en breves minutos, nos hace

pasar Ud. por un mundo de ilusiones doradas, de recuerdos llenos de vida y de pasión que el sacerdote evoca á su pesar, al ver aparecer en la hostia santa la imagen voluptuosa de esa mujer que amó un día...; Qué armas aquéllas, tan terribles, con que la tentación embiste contra el Ministro del Señor! En vano el sacerdote pone por delante lo fugaz de la vida, la maldad de los hombres, la pasión y muerte de Jesús, y la paz y la dulce soledad de los claustros; en vano en aquel supremo instante de prueba, eleva á la Madre de Dios una plegaria ardiente; en vano, porque nada hay en la tierra como el amor, ni nada hay comparable con los hechizos de esa mujer que amó en su juventud, cuya imagen está viendo en la hostia consagrada; imagen que le habla de amor y de placeres con la misma voz con que le hablara un día, y que, menos exigente que antes, le ofrece ahora entregarse á sus brazos en alma y cuerpo... Y ese sacerdote, que así mira esa imagen de formas de Venus Citerea, que sonrío con esa sonrisa divina y ardiente, y que así le escucha esas palabras henchidas de promesas de encantos inefables, y que ya siente en sus mejillas el fuego de sus labios voluptuosos... ese pobre sacerdote, á la evocación de placeres pasados, y á la promesa de placeres presentes, siente despertarse con más vigor que nunca emociones pasadas, y estremecerse de nuevo sus carnes que le habían parecido bien muertas, y vacila su fe, y se le abrasa de fiebre la cabeza, y le salen canas, y su voluntad se rinde, y cae sin sentido, teniendo entre sus dedos fragmentos de la hostia consagrada.

La Tentación ha triunfado. La Tentación... es decir, la Vida y el Amor.

Hay cantos en este poema, que merecen mención especial, como "La Mujer", el himno al amor, en "Oración", "La Victoria", y más que todo, "Color de rosa" en que hay fluidez, naturalidad y sentimiento.

Eudófilo Álvarez.

Quito: Noviembre 24 de 1911.

ETOPEYA

“Todo lo que se relaciona con el adelanto de la juventud, me entusiasma en sumo grado, por eso, gustoso pertenezco á esa Sociedad. (1)

“Mas, sobre no tener conocimiento de sus Estatutos, no me es dado aún tratar personalmente á ninguno de sus socios, honor del que me he privado por mi corta y reciente permanencia en la patria de O'Higgins.

“Así es que no encuentro quien patrocine mi ingreso á esa Institución” (*Carta que, el 12 de Junio de 1899, me dirigía don Alejandro Andrade Coello, en Santiago*).

Hace poco más de dos lustros que recibí la carta de Alejandro Andrade Coello, de la que algunos párrafos principales transcribo más arriba.

Era tan sincera, tan fiel expresión de sus sentimientos y deseos, que no pude dudar un momento y le ofrecí mi amistad.

Fué entonces, cuando él entró á la *Academia Literaria “Eduardo de la Barra”*, institución con entusiasmo sostenida por unos cuántos amigos jóvenes, admiradores y cultivadores de las bellas letras.

(1) La Academia Literaria “Eduardo de la Barra”.

Su entrada en la Sociedad alcanzó las proporciones de un acontecimiento, de algo extraordinario, tanto porque era el primer joven extranjero que á ella ingresaba, cuanto por su notoria reputación literaria.

Recuerdo aún su primera asistencia.

Era una noche de frío intenso. Espesos nubarrones negros daban al cielo un tinte sombrío y brumoso. La ciudad de Santiago, de común tan bulliciosa y alegre, se hallaba sumida en honda meditación. Uno que otro transeunte atravesaba por la calle de Castro, (2) y sus pasos aislados, resonaban en el pavimento, con extraño sonido, que se iba apagando poco á poco, como misteriosamente.

La sala de sesiones de la Academia, empezaba á tomar animación á medida que los socios iban llegando. Se comentaba vivamente las últimas obras publicadas.

Ese día había aparecido el N.º 4 de "*La Semana*", órgano de la institución, y los que no tomaban parte en el corro mayor, se dispersaban por la sala revisando ávidamente las columnas del periódico, hasta detener complacidos la vista en aquellas que ostentaban un trabajo propio.

En aquel número se leía un hermoso artículo, lleno de tiernas reminiscencias de la edad feliz, en que nada perturba nuestra eterna inocente alegría, intitulado "*Relatos de la Infancia*", redactado por la pluma de un nuevo socio, que debía incorporarse ese mismo día á la sociedad: Alejandro Andrade Coello.

La animación era general, y la amena charla, sólo interrumpíase de vez en cuando para celebrar la llegada de algún compañero de labores.

De improviso, cruzó el dintel de la entrada un joven moreno, rigurosamente envuelto en sobretodo de pieles, de aspecto tropical y gafas de oro. Entonces un nombre corrió, *sotto voce*, de boca en boca: es Andrade Coello, el nuevo socio.

(2) Calle en que se halla el local de la Academia.

Después de las presentaciones de estilo, se abrió la sesión, y Andrade Coello ocupó con circunspección su asiento.

Todas las miradas convergían á él. Le estudiábamos detenidamente. Tendría de 16 á 17 años de edad.

Una vez llegada la hora de la lectura de composiciones, el Presidente, como es costumbre con un nuevo académico, le cedió la palabra para que pronunciara su discurso de incorporación, y él, desabrochándose su grueso gabán, sacó de un bolsillo interior gordo rollo de papeles, que leyó con voz emocionada pero clara: era un interesante y detallado estudio sobre Juan Montalvo, el incomparable autor de los "*Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*", al cual pintaba con enérgicas y vibrantes pinceladas del más puro colorido.

Todos le escuchábamos con suma atención: queríamos penetrarnos de su valer, queríamos apreciar sus gustos é ideas literarias. El leía impresionado, leía á un auditorio estrecho, reducido, pero que recién acababa de conocer; á un auditorio que quién sabe si sería severo para juzgarlo. Empero, si mientras duraba la lectura, algún temor le asaltó, ese temor debe de haber desaparecido inmediatamente después de terminada, pues, los que le tenían cerca, le estrecharon efusivamente la mano, mientras los que estábamos distantes le aplaudimos á palma batiente, reconociendo los méritos de su concienzudo trabajo.

El se sintió agradecido y reconfortado: me imagino que debe de haber experimentado la grata sensación que siente todo aquél que se ve comprendido y apreciado en su justo límite.

Desde entonces, ya le conocíamos como prosista: se nos había revelado correcto y castizo en "*Juan Montalvo*" y en "*Relatos de la Infancia*".

No tardamos en conocer al poeta.

Uno de sus primeros trabajos, en verso, leído en la Academia, fue "*Mujer Sublime*", poema correctamente escrito en hermosos endecasílabos, lleno de arranques viriles, que retratan

la indignación que despertaban en su alma soñadora, las inicuas injusticias de los grandes para con el mártir deportado de la Isla del Diablo, y de palabras de la más justa admiración dedicadas á la heroica esposa, que conmovía noblemente á la Europa, proclamando, á los cuatro vientos, la inocencia de su querido Alfredo.....

En este poema, Andrade Coello se manifiesta profundamente inspirado. Su primera estrofa, por ejemplo, que dice:

¡Abro el libro del mundo! Con asombro
 el desfile imponente pasar miro
 de cien generaciones que caminan
 hacia el antro profundo del olvido:
 los pueblos, las edades vigorosas,
 los cetros, las coronas, los caudillos,
 al golpe de piqueta formidable
 de los años, falange de enemigos
 que destruyen las obras de los hombres,
 se desploman con recio, enorme ruido.
 Todo cede al impulso irresistible
 del tridente ciclópeo de los siglos,

es de lo más bella y correcta, y durante todo el curso del poema estas dos cualidades, que dominan al principiar el canto, no decaen un momento.

He leído muchas otras sabrosas poesías de Andrade Coello, algunas del género erótico, y considero que todas ellas no llegan á la altura de "*Mujer Sublime*", "*Ramillete*", "*Notas de mi lira*", "*La Tentación*" y "*Hojas secas*". En esta última, escrita en octavas octosílabas, el autor se demuestra positivista, desengañado de las fanáticas enseñanzas de algunos ministros del catolicismo, que hacen de la religión del sublime Cristo una mercancía para su peculio particular.

Sus poesías todas, sin embargo, revelan inspiración y originalidad, son sencillas y sentimentales: prueba de ello es su delicado librito "*Versos en agraz*"

Sin detenerme á estudiar cada una de las composiciones que contiene este tomitò, ¡diré solo que la belleza de los pensamientos va en escala ascendente de la primera á la última página.

En la revista santiaguina *La Lira Chilena*, de Fernández Montalva, llamó la atención el siguiente soneto á *La Vida*:

Si la vida es incauta mariposa
que de la luz en pos revolotea ;
si es cotidiano circo de pelea,
cuya escena termina con la fosa ;

Si liviana, veloz y caprichosa
al punto se evapora, cual la idea ;
si el bien deseado es oro que escasea
y el mal horrible mina prodigiosa ;

si el hombre en el mercado de la vida
vende su bienestar y su conciencia
por la vana fortuna y poderío ;

Si la virtud es reo perseguida
que triste corre sin hallar clemencia,
¿ vale la pena de vivir, Dios mío ?

Agrádame, empero, más su prosa, con sus períodos elegantemente cortados, en la cual el autor, ya no rebelde á la tiranía del ritmo, ni de la rima, puede explayar más sus sentimientos artísticos y dar más vuelo á su espíritu netamente liberal y filosófico, partidario de la historia y de su honda psicología.

Mas, Andrade Coello, no ha sido favorecido por la naturaleza tan sólo como literato ; es, además, un orador ; un orador de fuste, que arranca entusiastas aplausos á la conclusión de cada uno de sus brillantes pasajes, rápidamente encendidos en

su fecunda imaginación, que brotan de sus labios en ordenado torrente y van á herir la fibra sensible del corazón del auditorio, que se siente arrastrado por su elocueucia, cálida y feliz.

Guarda mi memoria el recuerdo de una sesión tempestuosa de la Academia, en la que quién sabe si ésta hubiera sucumbido, á no ser porque, en medio de la tempestad, se alzó la palabra sincera del consocio ecuatoriano, quien, poniéndose de pie, en una ardorosa peroración, exhortó á los socios el cumplimiento de sus deberes, el olvido de rencillas destructoras, que matan en germen las más justas aspiraciones: habló por el bien general de la Academia; aconsejó no dejarse arrastrar por la pasión impremeditada, encendida por las hirientes palabras lanzadas, sin quererlo, en un instante de lamentable ofuscamiento.

Aquella vez, sobre todo, estuvo elocuentísimo, y su discurso, iniciado en lo más ensordecedor de la batahola, concluyó en un silencio imponente, clara manifestación del respeto y cariño con que habían sido escuchadas las palabras de concordia, nacidas de un corazón amigo y bien intencionado, que lograba hacer volver la razón y la calma entorpecidas.

Desde entonces, en nuestra Academia, ocupó un lugar prominente. Era considerado como uno de los socios más distinguidos, por su inteligencia clara é ingeniosa, por la bondad de su carácter, por la sinceridad de su corazón; activo, emprendedor, laborioso: siempre le veíamos al frente de todas nuestras tareas intelectuales y organizadoras, presto para ponerse á la cabeza de nuestros trabajos, hasta salir satisfecho del resultado.

Y la *Academia Literaria "Eduardo de la Barra"*, no fue ingrata: bien pronto supo premiar su inteligencia y entusiasmo: primero le eligió su Vicepresidente y después, por desgracia poco tiempo antes de que partiera á su patria, su Presidente. En estos puestos de confianza y responsabilidad, jamás mereció censura alguna, ni la menor, de nadie, todos nos sentíamos satisfechos de su caballerosidad, energía y justicia y

del rumbo que daba á la Institución, la que, cuando él regresó á su patria y años después, le dedicó un álbum de autógrafos.

Cuando la Academia tuvo noticia de su próxima partida, á mediados de Octubre de 1899, organizó una sesión solemne en su honor; pero él, extremadamente sensible á las manifestaciones del afecto, y sobre modo modesto, comprendió que aquélla iba á ser una dolorosa despedida, y, para evitarla, en una risueña mañana de primavera, exuberante de rica vegetación, abandonó silenciosamente Santiago, ocultando el dolor que le invadía y llevando en el alma un recuerdo de imperecedero agradecimiento, para este Chile, que tiene los brazos abiertos, dispuesto á recibir, no sólo á cuanto sér humano quiera abrigarse á la sombra de tan benigno clima, sino, muy especialmente, á los cultivadores del talento y de la ciencia.

*
* *

Andrade Coello es una inteligencia sólida y bien constituida, perseverante en el trabajo: cuando se propone hacer algo, lo hace. Tendrá que salvar vallas, para otros insalvables, pero él no se amedrenta: las salvará, y le veremos, al fin, coronar sus esfuerzos con el éxito.

Es joven, tiene 28 años, y con fundamento se puede esperar que, dentro de poco, figurará con brillo en la Literatura Americana, pues, con sólido estudio, ya madurando más y más su talento, del que algún día se enorgullecerá el Ecuador.

*
* *

Me manifestó el deseo de que le escribiera el Prólogo de su libro "*Primeras Páginas*". (1) Empero, como no conozco las ideas ni sentimientos que en él predominan, me he limitado á

(1) Libro que su autor lo conserva inédito.

insertar los anteriores recuerdos y comentarios sobre su persona y algunas de sus ya numerosas obras, sin pretensión literaria alguna, y sólo para corresponder á la distinción de un amigo ecuatoriano que me honra con su amistad, y dejar constancia del sincero afecto que le profesa un chileno que ha sabido apreciar su bondadoso corazón, siempre abierto á todas las buenas inspiraciones, y su talento, puesto al servicio de todas las más nobles causas.

Manuel Gaete Fagalde.

Santiago de Chile, á 18 de Septiembre de 1911.



La tentación

I

EN EL TEMPLO

Va á comenzar la fiesta con pompa peregrina.
Excelso riela el día para la fe católica :
La sacra ceremonia es lujo que fascina,
Y la ortodoxa gente, que sol de amor anima,
En actitud se encuentra sumisa y apostólica.

Todo es munificencia en torno del santuario,
Do mírase el derroche de luces y de galas ;
Las múltiples imágenes, de espléndido vestuario
Y finas lantejuelas, se exhiben por escalas,
Sobre peanas lindas, honor del estatuario.

Las flores y guirnaldas despiden suave aroma;
Caricia de alhucema, es soplo embriagador ;
Y junto á los turíferos columna de humo asoma,
Que sube en espirales, ó lento giro toma,
Llegando hasta el cimborio, do piérdese en redor.

Hojas de cera artísticas adornan á los cirios,
Que innúmeros se ostentan en todos los altares,
Y en los jarrones bellos, con rosas y con lirios,
Reproducidos véñse milagros y martirios
De santos que en el cielo se cuentan por millares.

En armoniosas trovas de bíblico argumento,
Las voces magistrales resuenan desde el coro :
Entonces impulsado de místico ardimiento,
Al són de aquellas notas, se abisma el pensamiento,
En tanto ellas repiten : “¡ Bendito Dios, te adoro !”

En el grandioso templo su grey así reunida
Eleva sacras preces de todo corazón ;
Distintas en la tierra y dobles en la vida,
Hasta el Empíreo suben en úna confundida,
Cual súplica uniforme, cual única oración.

Mientras cada hombre dice: “¡ Oh, Dios ! tu poder creo
Porque él me da pujanza y aliento en la pelea ;
Por tí en la masa inerte belleza y vida veo,
En los tejidos frágiles tu fuerza oculta leo
Y en el cerebro humano los signos de la idea” ;

Cada mujer exclama : “Dios santo, yo te adoro,
Porque tu amor fomenta la devoción visible,
Y porque de mi seno tú cuidas el tesoro,

Tú nutres á mis hijos, sofocas tú mi lloro,
Dando á los ojos mustios un brillo bonancible”

Esta plegaria doble que asciende hacia el Eterno,
Mezclándose en la altura, cual observó Renán,
Se esparce por las naves de chapitel moderno,
Como un clamor solemne, un trino sempiterno,
Que infunde en nuestras almas piedad y santo afán.

¡ Cuántos anhelos infinitos llega
el santo á concebir entre sus místicos
arrebatos de amor ; cuántas congojas
afligen al espíritu acosado
por los duros arpones de la carne ;
cuántos votos y cuántas esperanzas
que alimenta la fe, todo se aduna
del templo entre los muros sacrosantos !
Los humildes elevan rogativas
con la frente en el polvo ; los altivos
se prosternan también con religiosa
actitud. Vierten lágrimas contritos
los pecadores que escuchar desean
la palabra divina. Exudaciones
de almas dolientes que la duda mata ;
brotes del corazón arrepentido ;
sollozos y oraciones, cantos, súplicas,
van hasta el ara donde Cristo muere
por redimir al mundo. En espirales,
impregnando de aromas el espacio,
sube el sahumero ; así de los devotos
asciende la plegaria hasta los cielos.
Se confunde, se humilla, se anonada

la soberbia humanal, en el recinto
donde todos doblégan la rodilla
y depuran mundanos pensamientos.
Cesa un momento de aletear el buitre
fatídico del odio y la venganza ;
duerme un momento el terrenal bullicio,
con todas sus groseras inquietudes,
con sus placeres y mentidos goces,
y se dan muda cita los creyentes,
unidos por el lazo de una idea,
en un mismo santuario congregados
á adorar al Señor de sus mayores.
Aparentan respeto : ya en silencio,
ya graves, ya con rostros de ternura,
no riñen, ni discrepan : es familia
que viene á perdonar : un mismo culto
le liga, y en iguales tiernos brazos
se entrega. Tal los hijos cariñosos
de una madre común, hacia ella corren,
y los bendice, murmurando al punto
una misma oración : “¡ hijos del alma !
¡ hijos del corazón !, os quiero á todos.
¡ Benditos seáis, sin distinción alguna !
¡ Venid, que á todos os llevé en mi seno !”.

La Iglesia dice así, y á sus cofrades
confunde en la igualdad de una caricia,
En el templo agrupándoles con júbilo.

II

LA MISA

YA va á empezar la Misa, incruento sacrificio :
Arreglan los acólitos el santo altar mayor ;
Plateadas vinajeras y lo demás propicio
En las credencias ponen, con luz para el oficio,
En palmatoria digna de aquel ritual primor.

Siguiendo al monacillo, al medio del santuario,
Con tres genuflexiones el sacerdote avanza,
Sube á besar el ara, arregla el rico hostiario,
En el misal señala las preces del breviario,
Y baja á dar principio al salmo de ordenanza.

Los fieles se arrodillan desde el *Confiteor, Deo*,
Cuando el levita joven inclina su cabeza,
De santidad se abrasa con llamas de pureza,
Medita en Jesucristo, que es inocente reo,
Se da golpes de pecho y con ternura reza.

III

EXPLICACION DE LA MISA

REFIERE la leyenda, que, en los remotos años,
 El Dios de las alturas mandaba le ofreciesen,
 Cual santos sacrificios, la flor de los rebaños,
 Los animales limpios de máculas y daños,
 Para que así, vistosos, con gusto aceptos fuesen.

Según cristiano dogma, después de aquella usanza
 La ley de Gracia vino, así la fe predica,
 Y al homenaje cruento y á la feroz matanza,
 Siguió otra ceremonia incruenta y de esperanza,
 En que, en vez de un cordero, Jesús se sacrifica.

De aquí brotó la Misa, que su pasión recuerda,
 En la que con la víctima confúndese el verdugo ;
 Y el artificio ingente con la unidad concuerda:
 Allí Cristo se humilla, porque jamás se pierda
 La humanidad salvada, que enaltecerla plugo.

Y su bondad fue suma, pues quiso cada día
 Él ser el ofrecido y ser ofrecedor,
 Formando paradoja, que no la comprendía
 Quien ignoraba, ciego, que Dios se refundía
 En su ministro, el hombre, cual prueba de su amor.

En esto meditaba el joven celebrante,
Ceñido á los misterios de aquella religión ;
Y el órgano sagrado, sonando con unción,
El rito de la Misa seguía concertante,
Y el canto iba infundiendo profunda devoción.

Los fieles, cuidadosos del fondo de la Misa,
Con emoción repasan su gran significado,
Sus actos especiales, su divinal divisa,
Con todos los pasajes que la liturgia avisa,
Buscando con fe en ellos un símil apropiado.

Según los santos piensan, de Cristo en el Calvario
El fraile es la figura ; amito áspero velo
Que el rostro le cubría ; y el alba, es el vestuario
Que Herodes como burla le puso sanguinario,
Haciéndole vil mofa y escarnio sin consuelo.

El sítgulo, es la imagen de azotes y ataduras
Con que le atormentaron las hordas de judíos ;
Se mira en el manípulo segundas ligaduras
Que á la columna le unen, do atroces amarguras
Sufrió con el flajelo de sátrapas impíos.

La estola representa—nueva crueldad humana—
La soga que á su cuello rodearon los sayones,
Cuando de heridas lleno hacia la cumbre insana
Arrastra el leño duro, con fuerza sobrehumana,
Do le crucificaron los fieros corazones.

Por último, es emblema de aquel ropaje grana
Con el que revistiéndole en mito le cambiaron,

La fúlgida casulla de novedad pagana,
Siendo, además, el símbolo, por opinión cristiana,
De la inconsútil túnica que al fin le despojaron.

Y muchos concurrentes al acto expiatorio,
Tres partes principales sabían que éste encierra :
La de los *Catecúmenos*, que va hasta el *Ofertorio* ;
La de los *Sacrificios*, que, culto obligatorio,
Se extiende al *Pater Noster* ; y el otro el final cierra.

El rato de los *Kyries* misericordia anhelan,
Se regocijan luego, porque se anuncia el *Gloria*,
Y cuando el padre grita : *Oremus*, se consuelan,
Y al *Dominus vobiscum* solicitud revelan,
Se alistan en la *Epístola*, que es luz preparatoria.

En el *Gradual* prometen constante penitencia ;
El *Alleluja* indica que el alma halló perdón,
Quedando por tal gracia gozosa la conciencia ;
Explica el *Evangelio* con su íntegra apariencia,
De Cristo la doctrina y su alta confesión.

El *Credo* es corolario, prosiguen los devotos,
De la enseñanza noble que, opima en frutos santos,
Propaga el *Evangelio* con ejemplares votos
De abominar el vicio, fecundo en alborotos,
Que, de infernal origen, provoca sólo espantos.

IV

LA ELEVACION DE LA HOSTIA

SIGUEN las almas cultivando el fuego de amor á Dios. Cual rosas perfumadas que al soplo matinal abren sus cálices y reciben el beso del rocío, no de otra suerte sus congojas cuentan, sus íntimos dolores al que expira clavado en una cruz; abren sus pechos y le confiesan sus anhelos todos, le piden que se duela de los yerros de la humana porción de pecadores, que, ciegos á la gracia, no comprenden que Jesús es consuelo y enseñanza que en la pasión de Cristo está la fuente de inspiración, de luz y de ternezas, el bálsamo bendito para todas las heridas morales; los ejemplos de santidad y abnegación sublimes, de valor sin igual y resignado espíritu cristiano. Va en crescendo el fervor religioso. El pueblo humilde, con la prístina fe del carbonero, reza y suplica. Sus plegarias tienen mezcla de asombro, adoración y llanto.

Supremo trance. Baten alas nítidas,
cual palomas de amor y de misterio,
las oraciones que hasta Dios se encumbran.
¡ Cuánta unción ! Queda el ánimo suspenso
al ver que en el altar todo es augusto
y santo. Se conmueven y arrodillan
los fieles. En la música sagrada,
con notas de profundo misticismo,
hay dolor y elocuencia. Nos seduce
tanta piedad de los sencillos seres
que, levantando la mirada al cielo,
hinchidos de dulzuras y esperanzas,
sufren conformes los porfiados males
de la existencia. Es la oración un hilo
fuerte: invisible hasta el empíreo sube,
á las manos de Dios, que lo recibe
como la única prenda de la tierra,
por la que se transmiten los afectos
y de la mente los sublimes rayos,
emanaciones de la luz divina.
Tirad de él cada vez que la conciencia
quiera dormir en descuidado sueño,
y al punto alcanzaréis vigor y fuerza
en medio de las penas de la vida.
Nunca se arranca esa impalpable cuerda,
mensajera del alma pensativa,
teléfono del cielo con la tierra.

Es el supremo instante en que aparece en alto
la Hostia consagrada por siervo del Señor ;
mas, simultáneamente, le toman por asalto

al juvenil ministro terrible sobresalto
y extraños pensamientos de un ángel tentador.

Quizá febricitante, recorre de su vida
de espinas y de flores, de llanto y de placer,
el desigual sendero, la etapa maldecida,
en la que vió, cuitado, su suerte suspendida
de místicos anhelos, mas no de una mujer.

Y todo su pasado acude á la memoria,
sintiendo se revela su carne siempre débil
Recuerda está perdiendo sus días de victoria,
la edad de las conquistas con su amorosa historia,
y de su pecho exhala suspiro oculto y flébil.



MEDITACION

COMO un ave que al suelo
Sin bullicio bajara del cielo,
Suavemente meciendo sus alas de albor ;
Así viene Prudencia,
Que se nutre con sólo paciencia,
Desde el trono bendito, morada de Dios.

Es un ángel modesto
Que por tímido ocúltase presto,

Mas mira
Que nunca le herirán.

Es reina la Justicia
De sin igual poder,
Que inicia
Los triunfos del saber.

Así ferviente piensa el sacerdote, viendo
Que afectos mundanales en su alma van surgiendo.
Así frente del ara medita, cuando avanza
Idea tenebrosa de mal y de añoranza.

Más negro que la noche, más hórrido que el rayo,
Profundo como un piélago, sombrío cual la muerte,
Su corazón se queda sumido en cruel desmayo :
La Tentación prosigue su diabólico ensayo,
Y ataca al sacerdote en aquel trance fuerte.

VI

EVOCAION

Como huracán deshecho que pasa por la tierra,
Perdiendo los sombríos, las flores deshojando,
Talando los vergeles, nuncio de duelo y guerra ;
Así pasó por su alma, con prontitud que aterra,
La sombra de su dicha, sólo *aflicción* dejando.

Un tiempo, tiempo hermoso, mas pronto desgraciado,
 Feliz se figuraba, porque un edén se abría
 De dulce ideal henchido, cerca á su hogar amado,
 Cuando una virgen bella, de rostro no soñado,
 Cruzóse en su camino cual luminosa guía.

Siguió como un autómeta la irresistible huella
 Que en su alma iba dejando tan linda criatura ;
 Se deslumbró su mente al brillo de esa estrella ;
 Y en su interior se dijo : “Me perderé sin ella :
 Mas si á la postre me ama, no quiero más ventura”.

¡ Oh, recuerdos felices! de mi mente
 Huid, huid, porque acortáis mi vida,
 Trayéndome la imagen bendecida
 A quien un tiempo amé sinceramente.

Al refrescar dulce ilusión pasada,
 Se siente el pecho herido de honda pena.
 ¿ Por qué siendo ella mía, pensé ajena,
 La rica prenda de un edén sacada?

El cielo desde niño me hizo verla,
 Y juzgué no duraba la visión
 ¿ Y por qué la adoré de corazón
 Para, infeliz, después veloz perderla ? . . .

Perderla por mi culpa : el hipnotismo
 De falsa educación, la cobardía
 Me han dicho que olvidándola seguía
 Mi santa vocación, el misticismo.

¡ Miserable mortal ! La dicha humana
 Es símil de la nube que en el cielo

Asoma tarde, cual hermoso velo,
Y al punto se disipa en la mañana.

No la busquemos nunca en la existencia,
Porque es flor tan valiosa y delicada,
Que quien fresca la observa y perfumada,
Al quererla tomar, pierde su esencia.

VII

AMOR

A ORILLAS del océano de lóbrega existencia,
Do enfurecidas rugen las ondas de los males,
Se yergue un gentil faro de pura refulgencia,
Que rasga densa bruma, tal luz tiene y potencia,
Y es lampo gigantesco que alumbra á los mortales.

Es el amor perfecto este bendito faro,
Que, de un confín á otro del mar de nuestra vida,
Destella poderoso, sirviéndonos de amparo,
Porque su intensa llama, ardiendo sin reparo,
Aclara á los que bogan en nave combatida.

Es el factor primero que infunde en la natura
Su general pujanza, su ingente actividad ;
Es el que encarna egregio, con pasmo, la hermosura,

Representando fúlgido la gracia y galanura
 Con lumbres celestiales, con himnos de verdad.

¡Oh, si el amor se pierde! ¡Cuán desgraciado el hombre!;
 De senda cambia al punto privado de ese guía;
 Cuando olvidar se suele tan importante nombre,
 Los sinsabores cunden, nada hay que nos escombre
 De males y de estorbos que impiden la alegría.

VIII

MONOLOGO

El fraile, desechando ideas que no inspiran
 La perfección del alma ni el verdadero amor,
 En medio de la angustia de los que así deliran,
 Clavó en la azul esfera sus ojos que suspiran,
 Y en un monólogo íntimo, se dijo con dolor :

“La vida, en verdad, es humo
 Que se disipa al instante,
 Vapor insignificante
 Que no sé do va á morir.
 Todos juzgan que es problema
 Cuya ecuación nos asombra
 Y otros que es cual fútil sombra,
 Que se oculta sin sentir.

La vida es ligera nube
Que se pierde en lontananza,
Como un sueño de esperanza
Que por la mente pasó ;
Imperceptible destello
Que en la triste noche oscura
Mostró apenas su hermosura
Y de pronto se extinguió.

La vida es ola agitada
De un océano bravío,
Do perdiéndose el navío
Se ve muerte en derredor.
De la procela juguete,
En vano dicha desea,
El mortal, si le golpea
Ola amarga del turbión.

Así luchando intranquilo
En busca de algún consuelo,
Pasará por este suelo
El que abriga vil pasión ;
Mientras el hombre virtuoso,
Náufrago es que, con paciencia,
Al fin mira en su conciencia
La tabla de salvación.

Baratija que se pierde,
Oropel que nos engaña,
Falsedades y patraña
Es la vida para mí.
Delirio del que se muere,

Agonía prolongada,
 Desdicha no imaginada,
 ¿ No se llama ésto vivir ?

¿ Qué es la vida ?— Los tormentos
 Que nos acosan sin tasa,
 Y nos siguen desde casa
 Hasta el sepulcro, en tropel.
 ¿ Qué es la vida ?— Maldiciones
 Que al cielo el débil arroja
 Y con lo mismo se moja
 Cuando descenden sobre él.

¿ Qué es la vida ?— Sufrimientos.
 ¿ Qué es la vida ?— Vieja historia,
 Aprendida de memoria
 Con sudores é inquietud.
 ¿ Qué es la vida ?— La violenta
 Fuga de infeliz soldado,
 Postrer cartucho quemado,
 Antes de ir al ataúd.

¿ Qué es la vida ?— Es un zigzag
 Del rayo de la tormenta,
 Que veloz rasga, ensangrienta
 El cielo de la ilusión.
 ¿ Qué es la vida ?— Ya no inquiero . . .
 Que pensando en qué es la vida,
 La muerte nos da acogida;
 Y cede la solución.

IX

ORACION

ALBOROTADO ruge el mar de mi existencia,
 De tentación las olas me atacan con furor ;
 Es frágil mi barquilla, y voy sin experiencia :
 Me matará el naufragio que invade mi conciencia,
 Si Dios no prende en mi alma el faro de su amor.

De estrellas tachonada la bóveda infinita,
 Hechura portentosa del Sér de Caridad,
 Imagen es soberbia, imagen es bendita
 De Aquél que todo puede, que en el empíreo habita,
 Y tiene por peana la humilde humanidad.

¡ Amor, lumbré sagrada ! Amor, fuego divino !
 Abrasa y purifica mi pobre corazón ;
 Enciéndete en mi pecho, alumbra mi camino ;
 Condúceme á la cumbre ideal: soy peregrino
 De la materia lejos, que ansía otra mansión.

Exhibe por doquiera Natura en su armonía
 Amor inmenso y puro, amor espiritual :
 A veces el humano su nombre confundía,
 Y á la pasión, al vicio coronas ofrecía,
 Como á deidad menguada de origen terrenal.

Amor, secreto móvil que espíritus levanta,
Con brotes de nobleza y de encumbrado honor ;
Cual dón inmaculado, cerebros agiganta,
Ideas infundiendo de la virtud más santa,
Como ángel del ejemplo, de altruismo y de candor.

¡ Cuán bellos en el mundo del sol los resplandores,
Del cielo la grandeza, del mar la inmensidad !
En la callada noche de encanto y gravedad,
¡ Cuán gratos de la luna los tímidos fulgores,
Cuando en redor impera la augusta soledad !

Todo es amor ferviente cuando medita el alma,
Y envía sus plegarias en alas de la fe ;
Y obtiene, en recompensa, la bienhechora calma,
Que es bálsamo precioso é inmarcesible palma
Del que padece, gime y dichas nunca ve.

Porque el amor reanima, si duda el pensamiento ;
Porque el amor alegra, si llora el corazón ;
Remedia los pesares, mitiga hasta el tormento.
Borrando los dolores, curando el sufrimiento :
Porque el amor es gloria, salud, inspiración.

Por él dirige al cielo sus cantos el poeta,
Con resonante lira, cuyo eco es inmortal ;
Por él la mente sabia sus obras interpreta,
Con signos de justicia, porque es su única meta
Buscar el bien supremo y la verdad final.

Primordial causa de las causas todas,
Secreto origen de cuanto hay visible,

General argumento indefinible,
Fuente perenne de inmortal valor.
Amor, amor que lo germinas todo,
Luz en el cielo y en la tierra vida,
De la natura fuerza bendecida
Y en el mundo misterio bienhechor

¡ Ignoto Sér ! Del organismo humano
Salud y sangre, del cerebro lumbre,
De los ensueños astro, que en la cumbre
Derramas un raudal de resplandor.
De la conciencia veneranda norma,
Del pensamiento inspiración divina :
En las almas, la tea que ilumina,
En las mentes, el genio creador.

Eres siempre, á la faz del universo,
Santa hoguera que abrasa, que fulgura
Y cual pira gigante nos depura
Con la llama de excelsa caridad.
Lámpara de oro suspendida miro
Del azul infinito de los cielos :
La lámpara del Dios de los consuelos
Que alimenta el amor de humanidad.

Sublime, eterno Dios, eres el rayo
Que transforma la arena en cristal bello,
No el rayo de venganza, cuyo sello
Es el polvo, la muerte y el terror.
Inmutable y perfecto, como emblema
De virtud y de augusto sacrificio,

Símbolo de bondad, noble y propicio,
Dispuesto á perdonar : eres amor

 Cuando padecen los mortales, eres
 Bálsamo que produce bienandanza,
 Y en el dolor supremo, la Esperanza
 Que sostiene la fe en el corazón.
 Fenómeno que explicas el arcano
 En el rudo trabajo de la ciencia,
 Ley que avisas á nuestra inteligencia
 Lo que no pudo revelar razón.

 (Gran Dios, afecto puro envíeme tu gracia,
 Amor que del espíritu seapreciado bien ;
 Las tentaciones borra, que son de mi desgracia
 Origen espantoso ; valor, virtud y audacia
 Para vencer los males infúndeme también”.

 Esta oración el fraile, con votos muy cristianos,
 Mandó, con su alma toda, al trono del Señor,
 En tanto iba ascendiendo la Hostia entre sus manos,
 Y de rodillas todos los fieles, cual hermanos,
 El cuello doblgando, rezaban con fervor.

X

LA MUJER

VALIÉNDOSE de encantos la Tentación seguía,
Con los deleites suaves de la beldad terrena,
Loando sus hechizos con tal zalamería,
Con símiles nacidos de ardiente fantasía
Para, venciendo al santo, dictarle su condena.

¿ Decidme qué secretos encierran las mujeres,
Por qué tanto cautivan, por qué seducen tanto ? ,
Se preguntaba el fraile, soñando con placeres.
¿ Qué dones, que atractivos exhiben estos seres,
Que al infeliz transforman en venturoso y santo ?

Infunden mil anhelos tan sólo con su nombre,
Inspiran y fecundan la idea de la mente ;
Son ellas en el mundo cual diosas para el hombre,
Pues matan su soberbia y quitan, no os asombre,
Defectos y flaquezas de una mirada ardiente.

La madre es, suave lirio, la más sublime planta
Entre las flores de Eva que brotan en el suelo ;
Mujer encantadora, mujer egregia y santa,
Que al hijo apoyo presta, su espíritu agiganta,
Y forma de este mundo el similar del cielo.

Tal es la oculta magia, tal el poder que tienen,
 Que ablandan del guerrero su indómita bravura ;
 Si malas, nos condenan ; si buenas, nos sostienen ;
 Son dualidad perpetua que á la virtud se avienen,
 O al vicio, si descuidan su amor y su ternura.

Unas nos causan glorias, nos dan triunfos y palmas,
 Son rosas encendidas, de suave y pura esencia ;
 Mas de otras sus espinas, razgando nuestras almas,
 Las hieren y acibaran. . . Mas, Tentación, no calmas !,
 Quejóse el fraile súbito, hablando á su conciencia.

Conceptos luminosos el sacerdote apura,
 La Tentación domando, de la oración al ruego ;
 Mas si el pecado luego esa alma no tritura
 Si otorga alguna tregua al santo en su amargura,
 Es por echar más brasas al voluptuoso fuego.

Después, con nuevo brío apareciendo, ufana
 Multiplicó su ataque valiendose de tretas.
 Como su antigua novia, tomando forma humana,
 Con atractivo, astuta, se presentó lozana,
 Sus curvas ostentando graciosas y coquetas.

La cabellera blonda, los ojos quemadores,
 El rostro complaciente, de un aire seductor ;
 Pequeños, modelados los labios tentadores,
 Mil ósculos pidiendo, solícita de amores,
 La virgen aparece en la Hostia del Señor.

El esplendor del arte se ve tan franco y bello,
 Sin nada que encubriera la hermosa desnudez,

Que el fraile mira absorto el cínico destello,
De aquella carne blanca de voluptuoso sello,
Y del turgente seno de insigne morbidez.

Mujer provocadora, artística y desnuda,
A quien con himno erótico lascivia le saluda,
Es un poema ardiente de vida y de pecado :
Despierta los sentidos y hasta el pudor transmuda,
Con la elocuencia rítmica de su incitante agrado.

Esculturales líneas en la alba Hostia pasea
Aquel cuerpo de diosa con signos de mujer :
Es obra inverosímil, es Venus Citerea,
Es vaporosa sílfide, que osada se recrea
En instigar al fraile al mundanal placer.

Pero él los ojos cierra, y, haciendo graves votos,
Invoca á Dios solícito, lleno de inmensa angustia,
Mientras su rostro pálido provoca en los devotos
Sacra atención y aumentan prejuicios ya remotos,
Al ver sudor copioso en esa frente mustia.

XI

LA SOLEDAD

Ora el fraile.... Alza la vista....
Allá, en ara dominante,
Está Cristo agonizante,
Suspendido de la cruz.
Melancólico es su aspecto :
Inspira á las almas tiernas
Exclamaciones eternas
De dolor, por su actitud.

Rostro pálido y marchito,
Lleno de sangre y lesiones,
Desgarra los corazones,
Porque es de un mártir la faz.
Profunda y triste mirada,
Cual del que sufre inocente,
Pero mirada sapiente
Que perdona con piedad.

Descoloridos, plegados,
Sus puros labios benditos,
Con pesares infinitos
De angustia y desilusión.
Sus mejillas sin frescura,

Hundidas, como del hombre
Que va á morir, no os asombre,
De indigencia y sinsabor.

El tabernáculo vela,
Cual vigía culminante,
Y al pie, lámpara expirante
A su rostro fulgor da.
¡Cuánto derroche de cirios
Al contorno de las naves!
¡Qué tremer de voces graves
En el coro principal!

Compañera preferida,
Esa lámpara oscilante
Es la que alumbra constante
Aquel cuadro de dolor.
Única luz que destella
En medio de tanta duda,
Cuando el espíritu muda
Su ropaje de candor.

Si las almas generosas
Se duelen de esas heridas
Y con frases compungidas
Compadecen á Jesús;
Otras, duras ó inconscientes,
Le ven con indiferencia,
Sin que brille la clemencia,
De caridad al trasluz.

Y el Mártir está llagado:
Su cuerpo sangre gotea

Y en su derredor ondea
 La tristeza y la tibiez.
 Ya no radiosa, apagada
 Su augusta faz, se presenta,
 Y sus sienes atormenta
 De espinas corona cruel.

Demostrando su indulgencia
 El Cristo extiende los brazos
 Y quiere con dulces lazos,
 Atraer al pecador.
 Su sorprendente largueza
 Llega hasta el fiero enemigo,
 Al que convierte en amigo,
 Sin dar pábulo al rencor.

¿ Quién abofeteó tu rostro ?
 ¿ Quién condenó tu inocencia ?
 ¿ Quién te vejó sin clemencia,
 Si eres el supremo bien ?
 Los triunfos de la injusticia
 Y de maldad inhumana,
 De tu prédica cristiana
 Hicieron un mito ; oh, Rey !

Soplan vientos despiadados
 De rebelión y de muerte,
 Triunfa la ley del más fuerte
 Y se yergue la impiedad.
 En vez del desprendimiento
 Sólo el interés prospera,

La virtud es vil quimera,
Vana voz la caridad.

Como flores deshojadas,
Tus palabras saludables
Se arrastran inconsolables
Por el olvido y desdén.
Y mientras tiendes tus brazos
Desde el infame madero,
; Camina al atolladero
La humanidad sin tu fe ?

Tus prescripciones emigran
Al desierto del descuido
A do las han conducido
El simún de la maldad
Y la completa sequía
Del buen ejemplo, de quienes
Por tus discípulos tienes,
Y no lo son en verdad.

; Oh, gran Mártir de los siglos !
Mientras eres más sublime,
El hombre no se redime
Sino que se vicia más.
Con tus doctrinas excelsas
Vas quedando en utopía,
Y quien imitarte ansía
Muere víctima del mal.

Tus parábolas se esfuman
Como débil nubecilla,

Y naufraga la barquilla
Del apóstol pescador.
¡ Cruel destino de las cosas
Que cambian, que se suceden
Y que con presteza ceden
Al empuje innovador !

Todo es frágil, todo muere,
Todo corre, todo vuela,
Todo naufraga y se hiela
Del tiempo en el mar glacial.
Cual los mitos del Olimpo
En la leyenda pagana,
De la fábula cristiana
Los dioses también se van.

Tras de dogmas y teorías,
Tras de rituales y credos,
Vienen flamantes enredos
De otra nueva religión.
¡ Oh, Cristo ! con tu enseñanza,
No es amarga profecía,
Pasarás, cual flor de un día,
De los siglos al turbión.

Si eres Dios y si te duele
Ver tu sacrificio inútil,
Haz de tu manto inconsútil,
De campaña un pabellón ;
Reune allí nuevos prosélitos
Que propaguen tu doctrina :

Y así vuelva á ser divina,
Depurada con tu amor.

Tal pasó como un relámpago
Por la mente del levita ;
Mas rechazó la maldita
Duda y el ciclón carnal.
Y en el augusto misterio
De la hipostática unión,
Agotó su contrición,
Bendijo la soledad.

Lejos del mundo, soledad de mi alma,
Refugio del que llora,
Sé del pecho affigido dulce calma
Y mano protectora.

En las olas revueltas de este mundo
Naufraga el corazón :
Van riquezas y afectos al profundo,
Con la última ilusión.

Lucha el hombre : juguete de los males,
Jamás triunfos alcanza ;
Y ve al fin que las glorias terrenales
No encierran bienandanza.

La falsa sociedad con sus engaños
Me brinda, en copa de oro,
Veneno que corroe, siembra daños,
Y mata mi decoro.



Mas, según testimonio de experiencia,
 La grata soledad
 Es remedio, quietud de la conciencia
 Y amiga de verdad.

Para todos, cual madre bienhechora,
 Ablanda el duro síno,
 Del consuelo brindando al que le implora
 Su bálsamo divino.

XII

PLEGARIA

DE la fe recogiendo los despojos,
 A la madre de Dios plegaria ardiente
 Dirige el fraile así, puesta de hinojos
 Su atribulada y triste alma creyente:

“Tú que en los cielos de esplendor y gloria
 Refulges como un astro dominante,
 Tú que te alzas, cual signo de victoria,
 Para el pobre mortal agonizante,

Borra de mi alma la terrible duda
 Y tus mercedes sobre mí derrama.
 ; Que tu bondad en mi favor acuda,
 Prendiendo de la fe la extinta llama !

Soy navío que, envuelto en la procela,
Por el piélagó vá, como un juguete,
Rota la quilla y en jirón la vela,
Destrozados el mástil y trinquete.

¡ Acude á mi llamada! No naufrague
En mar concupiscente el pensamiento;
Mi versátil creencia no propague
Su dañosa cizaña en un momento.

Proporcióname un rayo de bonanza,
Del corazón la tempestad calmando:
En tí aprenda á tener firme confianza,
Mis amargos pesares endulzando.

Arda en mi pecho de tu amor la hoguera,
Y así reviva mi olvidado culto,
Para llevar alguna flor siquiera
A tu santuario, do reciba indulto.

Sé que eres Reina generosa y noble
Y que perdonas el mortal desvío;
Haz que contrito mi rodilla doble,
Mas no en hora de triste desvarío.

Devuélveme el perfume de otros días,
Evaporado por el soplo fuerte
De dolores, engaños y falsías,
Con los duros embates de la suerte.

De mi niñez recobre la inocencia
Para tornar á balbucir tu nombre,

Con aquella envidiable complacencia
De quien no es todavía cuitado hombre.

Haz que venga otra vez, ¡oh, Madre santa!,
A pronunciar, con muestras de alegría,
Tu dulce voz que llene mi garganta,
Virgen del cielo, angelical María.

Ya que mi fe, como una planta mustia,
Se inclina hacia el ocaso, al rudo peso
De la razón, que es la suprema angustia
Para el alma creyente con exceso ;

Te toca, Madre, disminuir mis cuitas
Y protegerme : Tentación me asedia ;
Mis dolencias son grandes, infinitas :
Infúndeme valor, mi mal remedia.

Es mi fe cual torcida agonizante :
Robustécela tú, Madre, te ruego,
No dejes que reniegue un solo instante
De quien dándome luz me tiene ciego.

No permita tu mano protectora,
Símbolo de bondad y de grandeza,
Que dude y me rebele en la santa hora
Que ante tu Hijo doblego mi cabeza.

Si la pasión despierta enfurecida,
Y la carne maldita se subleva,
¿ Dejarás que encarnezca, regicida,
La eucarística Forma que se eleva ?

Madre de amor te llaman los férvidos creyentes,
Ante tu altar postrados, orando con afán.
Eres perenne antorcha de obscurecidas mentes,
Refugio del que llora, auxilio de indigentes
Y amparo portentoso del que mendiga un pan.

Al véspero y la aurora, te ensalzan á porfía
Tus siervos, los católicos, con numen, con amor.
Revelas esperanza, infundes simpatía,
Eres emblema santo de gloria y alegría,
Asombro de ternura, prodigio de candor.

María, dulce nombre, dechado de belleza,
Abunda en melodía, cual voz angelical ;
Resuena en cien cantares, porque es, en su llaneza,
Inmenso y armonioso, cual signo de grandeza,
Amado con esmero de todo racional.

Cuando, en la tierna infancia, mi madre cariñosa
Este sonoro canto me indujo á balbucir,
Mis labios le aprendieron en esa edad dichosa,
Sonando, desde entónces, cual música armoniosa ;
Hoy, sacerdote, enseñó su nombre á bendecir".

XIII

RECUERDOS

El católico ministro, con la Hostia suspendida
 Ante el orbe de creyentes, morir quiere de dolor.
 Tentación, Tentación, ¿vuelves?, se pregunta con pavor:
 Y ésta sigue sus ataques con astucia desmedida,
 En momentos tan sublimes para el pueblo del Señor.

Con rápidas imágenes la Tentación evoca
 Las mil gratas escenas del tiempo juvenil;
 Lo más impresionable para el ministro toca;
 Le dá á su fantasía todo lo que provoca,
 Cuando acudir solía al baile femenino.

El cuadro esplende mágico, sin que se olvide nada;
 Y el celebrante piensa volverse loco al fin.
 Memora los coloquios que tuvo con su amada....
 La Tentación despierta su dicha aun no nublada
 Por religioso engaño ni matador esplín.

Cual céleres relámpagos por su memoria corren
 Tantos recuerdos idos, tanto placer que fué....
 Los enterró temprano, llevado de su fe.
 ¡Si su alma fue esa tumba, difícil es se borren
 Primeras impresiones que el fraile muertas cree !....

Es el amor, á veces, cadáver putrefacto,
Mas quédanle gusanos que dan animación
A los despojos yertos, y surgen del panteón
Cenizas revividas y hasta el recuerdo intacto
De cosas que sepulta el pobre corazón.

Yo vivía tranquilo. De mi infancia
los recuerdos felices
me daban su suavísima fragancia,
sus fúlgidos matices.
Mi juventud se deslizaba hermosa,
con la quietud de mi alma
soñadora, inocente, venturosa,
en plenitud de calma.
El corazón se abría con ideales
benditos y sencillos,
cual las linfas de limpios manantiales,
en los que cefirillos
traviesos juguetean, murmurando
canciones misteriosas,
levemente las ondas agitando,
con alas vaporosas.
Como en terso cristal la refulgencia
de lo alto se retrata,
así se refractaba en mi conciencia
la copia fiel y grata
de la virtud, del sentimiento santo
y la afección primera,
que infunden al espíritu el encanto
de beatitud sincera.
Todo miraba halagador, risueño
en torno de mí mismo,

pues no me daba su letal beleño
estéril misticismo.

El cielo de mi dicha, no nublado
con dudas todavía,
se mostraba sereno y azulado
y lleno de alegría.

Mi pensamiento de color de rosa
el sello conservaba
de mi época infantil, que generosa
é ingenua descollaba.

Era mi amor una ilusión bendita,
sueño casto y seguro,
tendencia inexplicable é infinita,
deseo noble y puro,
que tanto arició la mente mía ;
pero, hasta aquel instante,
era sólo una idea, una utopía,
no realidad triunfante.

¡Realidad? ¡Imposible! Era pecado
amar cosas terrenas.

Dejé el mundo, Me fuí al Crucificado
y le conté mis penas.

Él su seno me abrió, dándome aliento,
para seguir sus pasos.

Con sed de apostolado, entré al convento
y me entregué en sus brazos.

Tomé pronto las órdenes menores,
después llevé manípulo,
y ante Cristo hice votos matadores
de ser su leal discípulo.

¡ Oh, dulces días de envidiable encanto !

¡ Oh, benditos ensueños color rosa ! !

¡ Oh, juventud preciada ! . . .

¡ Por qué plegasteis pronto vuestro manto

Y pasasteis en marcha apresurada,

Tornando así á la nada ? . . .

Tiene el recuerdo imágenes queridas :

Grabadas de la mente en lo más hondo ;

Tiene indelebles cosas,

Que aunque asomen cual sombras fugitivas,

Del corazón se quedan en el fondo, . . .

Nostálgicas, llorosas.

Tiene el recuerdo flores tan preciadas

Que, aunque ruedan marchitas por los años,

No pierden sus aromas :

Conservan en sus hojas estrujadas

Tiernas historias, nobles, sin engaños,

Idilios de palomas.

El alma que se acerca algunas veces

Temblorosa á mirarlas, y recorre

Sus páginas de encanto,

Siente honda pena, extrañas languideces,

Temiendo con sus lágrimas se borre

Ese poema santo.

Cual de la noche en el regazo quieto

Del poeta, la rauda fantasía

Hasta los cielos vuela,

Ansiando sorprender algún secreto, . . .

Alguna misteriosa melodía,

En un astro que ríela,

Y se abisma en la bóveda infinita,

Contemplando el fulgente parpadeo
 De ese millar de estrellas,
 Reconcentra su espíritu y medita
 Y ve corto su numen giganteo
 Ante lo inmenso de ellas ;
 Tal la memoria, al desplegar sus alas
 Y remontarse á los pasados días
 De amor y de inocencia,
 Enmudece ante el brillo de esas galas,
 Marchita sus frescores y energías,
 Minora su potencia,
 Hallando en esas épocas de ensueño
 Un cúmulo tal vez de maravillas,
 Que ciegan, que deslumbran :
 Anhelando abrazarlas con empeño,
 Ve que son como inquietas nubecillas,
 Que rápidas se encumbraan.

XIV

COLOR DE ROSA

¡ IDEALIDAD vaporosa
 para cantada en laúd,
 ó en la lira sonora ;
 sueños de color de rosa,
 sueños de la juventud !

Como deslumbrantes hadas,
las ilusiones deshojan
para ella las perfumadas
flores, que, á su paso, arrojan,
cual diademas nacaradas.

Toda la luz de la vida,
todo el ensueño de amor,
lo que labra de mejor
el alma fresca y florida,
la pasión ennoblecida,
la bienhechora salud,
son alfombra fulgurante
de la altiva juventud,
que canta un himno : adelante,
y un poema : la virtud.

La juventud no claudica :
sus nobles aspiraciones
levantan los corazones.
Cuando la vejez abdica,
la juventud edifica :
sabe combatir con brío,
sabe amar con frenesí ;
su sangre, es sangre de estío,
su alma no conoce el frío,
su voluntad dice sí.

En la triste senectud,—
remembranza dolorosa
de egoísmos, de inquietud,—
muere la acción generosa,
cual declina la salud.

El cálculo, la cobardía
 vacilación matadora,
 propios son de aquella hora :
 la ancianidad es la tarde
 y la juventud la aurora.

¡ Oh, cómo el alba volviera !
 Quince abriles Un pensil
 Una virgen hechicera
 Versos Historia ligera
 de un amor cuasi infantil.
 Días de color de rosa
 Suspiros, besos y flores
 Primavera venturosa
 Risa para los dolores
 Luz de esperanza radiosa.

¡ Recuerdos, pasad, pasad !
 ¿ Qué queréis en mi memoria,
 si, acatando la verdad,
 se creerá que aquella historia
 es ficción, no realidad ?
 ¡ Recuerdos ! El dulce idilio
 de mi juventud primera
 asoma como quimera,
 en el doloroso exilio
 de los años y de otra éra.

¡ Oh, mi virgen de la infancia !,
 delicada flor de cera,
 que en mis pensiles impera,
 con su prístina fragancia ;

nota cuya resonancia
ha quedado todavía
viviendo en el alma mía,
como música de amor,
como grata melodía,
en medio de mi dolor.

¿ Dónde la encontré ? Esperad, . . .
En un poblacho sencillo,
distante de la ciudad,
la conocí. Yo, chiquillo ;
ella, niña por su edad
y su ignorancia de amor,
por su atrayente candor
y sus puras ilusiones,
inocentes intenciones
de un ángel encantador.

Inconsciente la seguí.
Cruzó del pueblo una esquina,
y la visión peregrina,
como nube blanquecina,
esfumóse para mí.
Al apagarse la estrella
que pasó por mi camino,
me hirió el pesar ; del destino
me quejé. Si era tan bella,
¿ cómo no sentir por ella ?

Mas, transcurridos de un mes
los interminables días
de inútiles correrías,

como la viera otra vez,
tornaron mis alegrías.
¡ Oh, qué rostro ! ¡ Oh, qué carmín !
Recogiendo estaba flores
en su limpio faldellín,
de matices tentadores,
al extremo del jardín.

Con marcada timidez,
cual fuera medroso niño,
cubierto de palidez,
la saludé con cariño
aquella segunda vez.
Algo expresaron mis ojos,
algo le hablaron al fin
La niña de labios rojos,
con inocentes sonrojos,
se puso como el carmín.

Quizá solté un desatino,
tal vez un verbo divino
Ella fingió no escucharme,
y siguiendo su camino
no se volvió ni á mirarme.
Me picó su proceder.
Sentí ganas de correr
para arrojarme á sus plantas,
diciéndole cosas tantas,
que me tenga que querer.

Me dí trazas y salí
de mi pueril cobardía

y otro día y otro día
la saludé, la seguí,
consiguiendo que se ría.
No fue sonrisa burlona
esa risa angelical ;
fue la bondad natural
de la niña que pregona
la ausencia de todo mal.

Sueños de color de rosa,
juventud apasionada,
pasasteis, bella alborada,
cual matiz de mariposa
que un soplo le vuelve nada.
Mágico polvillo de oro
que opacas tu refulgencia,
cuando toca tu tesoro
de la edad el triste lloro
ó el dedo de la experiencia.

Cual bandada de palomas,
huyeron las vacaciones.
Por reanudar mis lecciones,
dejé del jardín las pomas,
el juego, el campo y las lomas.
¿ Qué importan bellos alcores,
qué montañas y campiña,
qué el recreo, qué las flores,
si también de mis amores
por fuerza dejé á la niña ?

Pobre humanidad doliente,
 que, enfermiza y deficiente,
 no oculta ni su miseria.
 El placer sólo es laceria
 y el amor es impotente.
 Soñamos poseerlo ya
 y sin remedio se va.
 ¡Locura es ansiar la dicha
 en un mundo que desdicha
 y sufrimiento nos da !

¿ Cuándo, en dónde he de encontrar
 lo que busco y quiero aquí ?
 ¿ Para qué intento gozar,
 si la dicha es baladí
 y lo serio es el pesar ?
 ¿ Guarda atractivos la tierra ?
 Para el que ama sólo es guerra
 entre lo frío y febril,
 entre lo ideal y lo vil
 que la humanidad encierra.

Ya lo positivo agrada,
 sutil señuelo seduce,
 ya el delirio nos reduce
 á locura inusitada,
 y lo real casi á la nada.
 La vista de una mujer
 que no cumple su deber
 ¿ nos complace ó nos da pena ?
 Si de gracias está llena,
 ¿ vence Dios ó Lucifer . . . ?

La morvidez seductora,
la belleza encantadora,
el ósculo, la sonrisa,
¿ son nada más que ceniza
ó lumbre que nos devora ?
Siempre el hombre, hoy como ayer,
derribando sin querer
su fortaleza orgullosa,
se quema, cual mariposa,
en brazos de la mujer.

¿ Quieres hallar regocijo
en el fango de esta vida ?
Tal mi reflexión se dijo,
creyendo estaba perdida
sin remedio la querida
ilusión de mis amores.
Y siguió filosofando
entre amargos torcedores,
como á hostiles gladiadores,
sus ideas acosando.

Como un siglo fué aquel año,
que hora tras hora conté
para mi tormento y daño.
Invadióme miedo extraño
y el dolor conmigo fue.
¿ Acáso de mi se acuerda
la niña del faldellín ?,
me preguntaba. ¿ La cuerda
de su afecto vibra al fin ?
¿ La encontraré en el jardín ?

¡ Mil dudas, mil reflexiones !
Volvieron las vacaciones.
Al poblacho regresé
¡ Oh cuán bellas ilusiones
desde entonces me forjé !
Estaba menos esquivada
la joven y hermosa aldeana,
tersa como la manzana,
vivaracha, fresca, altiva,
más crecida y más lozana.

Del cariño azulina ola
crece y crece; se acrisola
con su afecto mi pasión;
la persigo con tesón
cada vez que marcha sola.
Mi lidia es tenaz y ruda.
La miro, y no se trasmuda
como antes. ¡ Una centella
sus grandes ojos ! Mas ella
siempre permanece muda.

Ya siquiera ni indecisa
asoma á sus labios rojos,
como antes, una sonrisa.
¿ Está terca, la dí enojos ?
No, porque me hablan sus ojos
Ellos con fulgor y vida
me cuentan sueños de rosa,
me dicen no está dormida
su alma pura y generosa,
que á quererla me convida.

Los honrados campesinos,
sus padres, almas sinceras
y rudas, pronto son finos
amigotes. De sus éras
vienen con francas maneras
á visitar á los míos.
Su plática es siempre igual :
se quejan del temporal,
de las heladas y fríos,
de las siembras que andan mal.

Ha aparecido un cometa,
dicen, heraldo de *hambruna*,
y pérdidas de fortuna.
La catástrofe completa
será como el año . . . (aquí una
fecha precisa, redonda)
en que guerras y alborotos
y tremendos terremotos
desdicha dejaron honda,
bienestar y ensueños rotos.

Fue tan larga la sequía
y el cielo tan inclemente
que agonizaba la gente
y el ganado se moría.
Ni siembras ni pasto había
en los campos desolados :
sufrieron los hacendados
escasez que no hay idea,
y los pobres de la aldea
emigraron aterrados.

Cuadros de desolación
de la estéril, dura tierra,
episodios de la guerra
que oprimen el corazón,
ecos de revolución,
crueldades y desatinos,
incendios de las ciudades,
destrucción de los caminos
y otras negras novedades
refieren los campesinos.

Son sabios á su manera
en cosas de agricultura ;
observan á la natura,
su astronomía es casera,
su veterinaria fiera
y práctica por demás.
Cada remedio es mixtura
horrible, pero eficaz,
¡ bálsamo de Fierabrás
que todos los males cura !

A veces, en compañía
de la que tanto quería,
estos campesinos viejos
desde su extensa alquería,
que estaba del pueblo lejos,
venían hasta la hacienda
de mis padres, con ofrenda
cariñosa, á suplicarles
que se dignaran honrarles,
visitando su vivienda.

Allí dispé el capuz
de mi cobarde ignorancia ;
allí, en la rústica estancia,
supe su nombre : era Luz ;
allí me contó su infancia,
yo mi vida le conté
y mi amistad estreché
con los lazos del cariño ;
dejando allí de ser niño,
siempre amarla le juré.

¡ Oh, tiempos inolvidables,
en que íbamos de paseo !
¡ Oh, promesas y recreo,
oh, diálogos envidiables
é inocente rumoreo,
en la apartada alquería
con la niña de candor !
¡ Con cuánta fe y alegría,
palacios la fantasía
levantó para mi amor !

Sueños de la juventud,
sueños de color de rosa,
sinfonía vaporosa,
música de beatitud
para cuerdas de laúd,
ó las de mágica lira.
Sueños de dorado fruto,
del alma noble tributo,
dulce quimera que inspira,
¿ por qué duráis un minuto ?



La virgen de mis altares,
 ilusión del alma mía,
 fué como la flor de un día,
 fué como el ramo de azahares
 que las mañanas cogía
 para el templo de la aldea
 y estaba mustio á la tarde.
 Duró — como de la tea
 la llama que parpadea —
 de su amor el fuego que arde

Misteriosas, supremas claridades
 en la aurora y ocaso de la vida
 vemos se extienden con matices suaves,
 como al nacer y al espirar el día.

De la existencia en la fugaz mañana
 descúbrense destellos de la dicha,
 como los tintes vagos del crepúsculo,
 que, indecisos y breves, se disipan.

Y en la tarde, á la orilla de la tumba,
 cuando el véspero trémulo declina
 se apagan las postreras claridades,
 claudican las postreras energías.

¡ Cuánto reímos al primer crepúsculo
 para llorar después toda la vida!
 Teniendo un paraíso entre mis manos,
 preferí desigual y fiera lidia.

XV

EVOCAACION

Por los hermosos campos de la niñez querida
con flores y perfumes, exuberancia y vida,
en alas del recuerdo, el fraile divagó.
Las horas de ventura, de calma y de inocencia
volvieron á su mente, la edad de complacencia,
el tiempo de la dicha, el lustro que pasó.

Con pasos respetuosos, profundo arrobamiento,
entró al hogar bendito, donde hay paz y contento,
sincero amor que dura, caricia maternal.

Hogar de mis mayores, decía, que produce
más gratas emociones, si el hijo bueno aduce
sólo actos de nobleza, sólo obras de verdad.

Etapas encantadoras de los primeros años,
de la existencia gloria, porque ignoráis los daños
que el mundo después trae, cuando se va el candor.
¡ De niño, qué de ensueños de albor y de pureza;
de joven, qué de ideales de amor y de grandeza;
de niño, sin engaños; de joven, con pasión !

¡ Feliz jardín florido de la envidiable infancia,
dejad que del recuerdo aspire la fragancia,
dejad para el viajero la grata evocación !

¿Por qué el cielo permite que en la penosa vida
sólo una vez crucemos la senda florecida,
sin darnos cuenta exacta de aquella promisión?

Todo esto en su memoria, y más, el fraile mira....
Oye á su prometida que con bondad le llama,
Abriéndole sus brazos; pero él la ve y suspira,
Con susto abre los ojos y la Hostia santa admira,
Que en sus tísicas manos parece que se inflama.

Turbado en su conciencia, exclama gemebundo:
“¡Dios mío, cuán amargo hallarse en este mundo,
Cansado sacerdote, errante peregrino,
Sin báculo ni umbría, en medio del camino,
Cubierto de zarzales y lodazal inmundo!

¡Qué horrible si surca por mar de pasiones
El joven incauto, en débil barquilla,
Sin luz, sin auxilios, temiendo aquilones,
Y escollos y engaños dobleguen su quilla!

Las olas del vicio, rugiendo espantables,
Atacan al joven, marino inexperto.
¡Difícil, Dios mío, con vientos variables
Hallarse luchando distante del puerto!,,

XVI

LA VICTORIA

POR Tentación de cerca el fraile agujoneado,
 Sigue escuchando voces de la que amó en un día,
 Oyendo que murmura con seducción y agrado :
 “A visitarte vengo, mi antiguo enamorado.
 ¿ Me ves ?—Te pertenezco : tu mente está en la mía.

“Todo lo que desees conseguirás con tiento :
 Me entrego en alma y cuerpo, me rindo á discreción.
 Persuádate, bien mío, que es fácil mi intención :
 No exijo sacrificios ni grave juramento
 En lo que te propongo de entero corazón.

“Despójate del hábito de fraile que te afea,
 Desecha aquellos votos de tanta esclavitud.
 ¡ Cuán triste es el encierro ! El claustro no recrea,
 Y en tu suicidio lento — que libertad desca —
 Ridículo apareces, sin vida, sin salud.

“Sujeto á superiores, aprisionado y solo,
 No sirves para el diablo, ni sirves para Dios.
 Atiéndeme, no creas que la verdad inmolo :
 Eres humilde autómeta, quizá blanco del dolo
 De quienes sin escrúpulo van del dinero en pos.

“Es tu misión estéril, tu prédica infecunda :
Cuatro paredes rústicas limitan tu prisión.
Yo no comprendo cómo tu práctica se funda
En actos de rutina, sin la verdad profunda,
Sin la virtud excelsa, sin noble religión.

“Tus obras abnegadas son otras graderías
Por las que tus hermanos — los frailes del convento —
Ascienden á la cúspide de tantas granjerías,
Hipócritas negocios y ocultas fechorías,
Que colman su avaricia y al vientre dan contento.

“El credo que aparentas, adulterado y burdo,
No es el que se sostiene con santa caridad,
No á la razón convence — no pienses que te aturdo —
Sino á ignorancia y miedo : es tu ritual absurdo
Y externas ceremonias provocan la impiedad.

“En tu prisión, bien mío, con sin igual fiereza
Te burlas de los dones que te confió el Señor,
Sofrenas sin motivo viril naturaleza,
Y en vez de oír los gritos de tu razón — torpeza —
Escuchas, ciego y vano, un dogma sin valor.

“La fe con sus tinieblas te cambiará en idiota.
¿Por qué del pensamiento, por qué de la conciencia
sus libres alas rompes? Tu voluntad se embota ;
Que sirves en el claustro de maniquí se nota,
Y así nostalgia y tisis, serán tu pronta herencia.

“¡ Qué soledad tan fiera ! ¡ Qué atroz melancolía !
Ligero vas marchando á la letal vejez.
Tu lóbrega existencia sin paz, sin alegría ;

Tu dogma religioso, superstición impía,
La esclavitud forzada humilla tu altivez.

“Las afecciones tiernas de tu familia amante
En el hogar risueño, ¿desechas con crueldad?
Tu madre cariñosa se encuentra vacilante,
Al ver que de ella huiste: ¿no velas ni un instante,
Cual hijo fiel y noble, por su felicidad?

“De tus amigos lejos tu actividad, tus años,
Sin puras distracciones, marchitas, pobre sér.
Sólo aflicción conoces y amargos desengaños
En esa cárcel tétrica, do guardas hay extraños,
Que tu paciencia agotan en negro padecer.

“Qué hermosa fue aquella tarde,
cuando el sol con sus fulgores
adormecía las flores
que eran joya del jardín !
En medio de la arboleda,
crecían en abundancia,
rosas llenas de fragancia,
que arrancabas para mí.

“Nos paseábamos, ¿recuerdas?,
refiriendo tántas cosas,
sencillas y deliciosas,
de esperanzas y de amor.
Así juntos caminando,
qué emociones no sentía,
y mi pecho se entreaabría
al calor de una ilusión.

“Mi corazón, fraile inicuo,
creyó en tu amor incipiente....
¡Cuántos besos en tu frente
con entusiasmo imprimí!
Tu también, ¿por qué callarlo?
me besaste con anhelo
y me prometiste un cielo
con locura y frenesí.

“Indefinible alegría
sintió mi alma en el momento
de escuchar tu juramento,
que fingiste era de fe.
Quisiera olvidar las horas
que pasé, necia, á tu lado,
cuando tú, de amor llevado,
me anunciaste dulce edén.

“Mas, por motivos muy serios,
quiso la suerte que un día
dejaras mi compañía
y me dieras triste adiós.
Afligida y sollozando,
cual si perdiera la vida,
quedé con profunda herida
en mi pobre corazón.

“¿Para qué idílica historia,
si te encuentro tan variado?
¡El ángel se había trocado
en fraile cuando te ví!....

Tu inconstancia heló mi sangre....
Mas ya que mi débil mente
turbó tu pasión demente,
¿por qué me abandonas, dí?

“¿Por qué si te amo con ternura inmensa,
como no ama un gentil á su deidad,
de mí culto te burlas y me dejas
que me extinga abrumada de pesar?

“¿Dime la causa de este atroz desprecio
con que intentaste castigar mi afán!
Jamás tu odio disipa mis ensueños
ni tu silencio altera mi lealtad.

“Soy la misma en mis penas y en mis lágrimas,
no sé de mis creencias renegar.
Espero que mi férvida plegaria
al fin tu corazón ablandará.

“El claustro, que promete falsa dicha,
tal vez felicidades te ofreció....
¿Nada tiene que darte el mundo libre?
Que responda la voz de tu razón.

“¿Tu alma joven ignora todavía
que significa la palabra amor?
Este vocablo apenas se descifra,
si está escrito en mitad del corazón.

“A los que del ideal bendito vivan,
y en esperanza ardiendo y ansiedad;

de otras esferas oigan la armonía,
pregúntales, por Dios, lo que es amar.

“A aquellos que en la bóveda infinita
han visto á las estrellas titilar,
sintiendo angelical melancolía
y sed de una existencia espiritual;

“A los que en esas noches misteriosas
de dulce calma llenas y esplendor,
han aspirado el esquisito aroma
de la virtud, del llanto y la oración.

“Pregúntales, bien mío, los colores
de la planta divina del amor,
que sólo predilectos corazones
la cuidan al calor de una ilusión.

“Y luego que las almas escogidas
te describan lo arcano de esa flor,
entonces acogerás enternecido
la intensa fe que oculta mi pasión.

“Y luego que te expliquen los poetas
de esa palabra la extensión sin fin,
¿impedirás que como antes yo te quiera
con la afección que guardo para tí?

“Ven bogaremos juntos, ¡oh, amado corazón!
en las tranquilas aguas del mar de la ilusión.
De celebrar ya es tiempo la fiesta juvenil,
ornando nuestras sienes con flores del pensil.

“Y al eternal cariño, alcemos como ayer
los fervorosos cantos que nos dictó el placer.
Llega, llega, mi vida, mi ensueño seductor,
que lista nos espera la barca del amor.

“Ven vivirás conmigo en la región poética,
do está el amor en trono de espléndido matiz :
en conyugal consorcio, sin monacal desliz,
entre ósculos y arrullos, cual en mansión profética,
nos dormiremos siempre en beatitud feliz.

“Ven, predilecto mío, al mundo de ilusiones
donde habitar yo suelo soñando con tu unión.
Te esperan mis caricias. Sensibles corazones
los nuestros, se estrecharan con suaves afecciones,
distante del convento do mora la aflicción.

“Acércate á mi lado, gocemos de la vida,
siguiendo la corriente del juvenil amor ;
y suban nuestras almas por senda bendecida
al cielo despejado de una pasión querida,
sin nubes de pesares, sin rayos de dolor.

“Para que te decidas, figúrate que vengo
en la Hostia á visitarte: ¿te inclinas? Tu dios fuí....
Por esto, agradecida, en ella me mantengo.
¿Me besas? ¿Te arrodillas? Entonces te prevengo
que tus misterios borres y creas sólo en mí”.

Dijo, y, súbitamente, mostró su esbelto talle
en el que se observaba la corrección cabal :
Con más primor que nunca el mínimo detalle

brillaba voluptuoso; y al fin, para que estalle,
al padre sonríole la virgen infernal.

La vió medroso, . . . y tuvo de libertad anhelo.
Se arrepintió del claustro; de amor ansias insanas
sintió al besar la Forma con ira, pena, celo;
ardía su cabeza y le brotaron canas;
su carne sublevóse, y renegó del cielo.

La vió de nuevo, pálido; cerró los ojos yerto,
turbando su cerebro vahido y mal estar;
sintió frío en el alma y extraño desconcierto,
y desplomóse al punto, sin tino, sin acierto,
junto á las duras gradas del bendecido altar.

Del Sacramento parte, rodando hecho jirones,
se confundió en la alfombra. Los fieles sin concierto,
pasando ante la Forma con mil genuflexiones,
al joven celebrante, con pasmos y aprensiones,
subieron á atenderle: el fraile estaba muerto.

Pedazo diminuto de la Hostia consagrada
en sus huesosos dedos quedóse prisionera;
pero ya no tenía la albura ponderada,
sino que, sucia y fea, la Forma profanada,
mostraba algunos glóbulos de sangre verdadera.

XVII

CONCLUSION

DOBLES, tañidos tristes, allá en el campanario,
Y lloros conpungidos en el altar mayor,
En tanto una plegaria del fondo del santuario
Asciende lastimera, al ver que en el hostiario
Pobres despojos quedan del Cuerpo del Señor.

Los fieles se anonadan y rezan temblorosos,
Y gimen las mujeres, heridas de dolor;
Y los demás semblantes, sombríos y llorosos,
Fantasmas se diría de aspectos tenebrosos,
Con el fatal suceso de lástima y de horror.

Versos en agraz

Lirios y violetas

ESTA página, humilde florecilla,
quiero que tenga primordial tersura:
la blancura de tu alma sin mancilla,
¡ oh, madre de mi amor, esa blancura !

Si derramas sobre ella la pureza
de tu gran corazón, le darás vida ;
fija también la maternal terneza
de tus ojos en ella, luz querida.

Ansío de Sabunde su amor y arte
y de Raimundo Lulio el misticismo,
para así un himno de piedad cantarte,
arrodillado, en augustal mutismo.

¡Oh, blanco lirio de mi amor, oh madre,
violeta de humildad y de valía!
¿Habrá un nombre más dulce que te cuadre,
que llamarte mi madre, madre mía?

Aciaga

I

— ¡CUÁNTA tristeza me abruma !
— ¿Qué tienes? — Bella María,
no lo sé ; mas siento fría
el alma. Extraño temor
me asalta. — ¿Qué tienes? — Quiero
explicarte mi amargura ;
mas, con signos, es locura
traducir al corazón.

Con palabras no podría
descubrirte mi tristeza ;
es un volcán mi cabeza
y el recuerdo una obsesión.

La memoria de los seres
queridos, vive aquí dentro ;
voy á abrazarlos, y encuentro
que todo es pura ilusión.

¡ Es sueño amar, ser amados ;
ante un ángel de rodillas
caer, con frases sencillas
de veneración filial ;
sentir transporte inefable
si sonrío y nos bendice
ese ángel — la madre —, y dice :
“Hijos míos”, con lealtad?

Hace un año, hermosa mía,
en esta humilde morada,
así como tú, sentada
en ese mismo sillón,
la hermana de mis ternuras
cosía tranquilamente,
sin que nublaran su frente
remembranzas de dolor.

De aquella fatal velada
no puedo olvidar la escena
¡ Hablar me produce pena ;
callar, desesperación !
Con monótona porfía
el buho graznaba afuera
lloviznaba apenas Era
una noche de pavor.

La neblina por el cielo,
como manto funeral,
se extendía; el vendaval
soplaba con frenesí.
La ciudad, sola y dormida.
Más fuerte el silbar del viento ...
Tinieblas el firmamento,
y sombrío el porvenir.

¡Quién sabe en qué cavilaba,
cabizbajo y en mutismo!
Las ideas son abismo
en la augusta soledad.
El hombre cuando medita
va rodando á lo profundo;
miserable encuentra el mundo,
mezquina la sociedad:

Abajo, lodo y flaqueza;
arriba, éter, aire, mito,
y falso azul infinito ...
¡Cuán triste es reflexionar!
Mi pobre hermana, de pronto,
suspendiendo su costura,
exclama: — “¡Cuánta tristura
me domina! ¡Qué ansiedad!

Parece que por la estancia
vagara un gnomo impalpable,
sueño, imagen espantable,
ignoro, hermano, lo que es.
Acude, espontáneamente,

á mis pupilas el llanto,
sombras de dolor y espanto
se apoderan de mi sér”.

Por piedad, calla, hermanita,
le supliqué conmovido.
De repente, ¿qué has oído?,
nerviosa y de pie me habló.
— Nada, nada, hermana mía,
murmuré con toda mi alma ;
te ruego que tengas calma,
que estés tranquila, por Dios.

— Acontece algo de insólito,
asustada respondía.
— No es nada, le repetía ;
mas élla temblaba. — ¡Horror!
¿Oyes? . . . ¿Oyes? — Qué sucede?
— Un susurro, un martilleo
— Nada oigo — Sí, un aleteo,
un no se qué aterrador.

¡Me empeñé en apaciguarla!
Ella, al fin, volvió á sentarse.
Calló un momento . . . Al calmarse,
nublados sus ojos ví.
Preguntéla con afecto :
— ¿Qué te aqueja, hermana mía?,
— Profunda melancolía
y deseos de gemir.

Después, suspirando apenas,
con acento vacilante,

dice: "No olvido un instante
á nuestra madre de amor".
Y rodeando con sus brazos
mi cuello, añade: "¡Qué día
aquél! ¿Recuerdas?... Moría
nuestro propio corazón!

De rodillas, junto al lecho,
vigilábamos su vida,
con fe mayor que quien cuida
la lámpara del Señor.
Silencio sagrado en torno
reinó cuando nos bendijo
y con afecto prolijo
caricias nos prodigó.

¿Estás con más fuerzas, madre?,
con anhelo le inquirimos,
porque mejor la creímos,
al verla sentada ya.
Te has salvado, madre mía!
No te inquietes. Lentamente,
tranquila, convaleciente
los que te aman te verán.

Pareció que sonreía
al contemplar á sus hijos
fieles, con los ojos fijos
en su idolatrada faz.
Pensamos que ya la muerte
de los lares se alejaba,
que la enfermedad cejaba
y era vencido el pesar.

Como un ángel de consuelo,
la esperanza renacía....
De pronto, que se movía
entre las cortinas ví
algo que me causa miedo,
algo negro como el mal,
y batir de alas igual
noté al que acabó de oír.

Exhalé un ¡ay! espantoso....
¡Cruel trance!... Espirado había
la adorada madre mía,
á quien nunca olvidaré".
Dijo, llorando, mi hermana.
Abrazados un momento,
confundimos el lamento
y el fraternal padecer.

Conmovidos, silenciosos,
después de la aciaga historia
quedamos; mas la memoria
redoblaba su labor.
En un mismo pensamiento
sumergidos continuamos....
Quedo, muy quedo lloramos,
abrumados de aflicción.

Cuando, no sé lo que mira
en ese instante maldito;
pero formidable grito
lanza mi hermana. También

confuso rumor percibo
que antes no pude escuchar.
¡Era el porfiado aletear
de aquella suprema vez!

Vuelta ya de su deliquio
mi tímida hermana, augura
su partida prematura,
me abraza y torna á llorar.
Desde entonces, no ha gozado
de un minuto de salud,
marchita su juventud
con el cierzo del pesar.

Hace un año, allí sentada
donde tú estás, dulce amiga,
terminó la última liga
llena de vida.... ¿Mas qué
oigo?... ¡Acércate!... La angustia
me embarga. Escucha: ¡un ruido
idéntico al que oí transido
cuando mi hermana se fué....

— Sí, sí, yo también atiendo
á un apagado rumor....
¿Qué se cierne en derredor?...
Tengo miedo.... No sé qué es.
Junto á la luz, ¿ves?, se agita
algo extraño: es una cosa
pequeña.... — La mariposa
negra. — Horror — ¡Vuela otra vez!

II

¡Infortunio! Sombra aciaga,
fatídica mariposa
negra, aliento de la fosa
que me robas la quietud!
Cuando un rayo de la dicha
en mi alma apenas fulgura,
tú proyectas la negrura
de tus alas en su luz.

Infortunio, mariposa
negra, ¿por qué me persigues,
y junto á mí sólo sigues
como nuncio de dolor?
Eres nada y, sin embargo,
algo triste hay en tu nombre....
¿Acaso entrañas del hombre
la vaga superstición?....

Con tus alas repugnantes
sueles empañar la albura
de todo. Me dan pavora
tu figurilla y color.
Diminuta y despreciable
en la escala natural,
eres grande para el mal
que me causa tu visión.

Ayer te enredaste fiera
entre el lecho de agonía
de la santa madre mía
Como fúnebre capuz,
en los limpios cortinajes
tus negras alas tendiste,
y de atroz luto vestiste
el hogar antes de luz.

Infortunio, espectro errante,
fatídica mariposa
negra, aliento de la fosa,
¿por qué tornas á volar?
¿Qué me traes, asesina?
De mi hermana, en noche triste,
en sus hombros te prendiste
como espina sepulcral.

Y desde entonces, herida
de muerte la hermosa flor,
fue perdiendo su esplendor
hasta marchitarse al fin.
¿Qué quieres hoy, mariposa
negra? Heraldo de dolores,
¿vienes en busca de flores,
ó llegas en pos de mí?

Fatal mariposa negra,
tu presencia, ¿qué me augura?
Infortunio, desventura,
significas para mí.
Por la senda de lo adverso,

sigues la luz misteriosa
del mortal, hasta la fosa,
para revolar allí.

Apagas los fugitivos
esplendores de la vida.
¡Que un insecto vil impida
la dicha del hombre rey!
¡Qué al golpe de lo pequeño,
de lo inconstante y falaz,
anublen su augusta faz
el talento y el saber!

¿Es ridícula patraña
que cuando el hombre se alegra
la ruin mariposa negra
enluta su bienestar?
¿Es mentira que en la lucha
desigual de la existencia
derrótase á la inocencia
y vence una larva — el mal?

Ilusiones pasajeras,
sueños de color de rosa,
temed á la mariposa
negra de la realidad.
Inocencia, amor, honores,
brillantes glorias y galas,
huíd, si vate sus alas
el fatídico pesar.

No es la obscura mariposa
decepción, vana quimera,

cuando al bien le desespera,
la negra fatalidad.

Temblemos ante la oruga
de la pasión, que ennegrece
su capullo, cuando crece
la mariposa del mal.

III

Noble amiga de la infancia,
flor de mis sueños de rosa,
¿te asusta la mariposa
negra de la adversidad?,
á María pregunté.
Ella, con ideal sonrisa,
tan suave como la brisa,
dijo: "Junto á tí, jamás".

Su voz, argentina y dulce
como una tierna canción,
me llegaba al corazón
con inefable placer.
Sentí entonces infinito
gozo; olvidé el sobresalto
anterior, y viendo á lo alto
ya aciagas sombras no hallé.

Había tanto cariño
en su palabra armoniosa,
que reí de la mariposa
fatídica del dolor.
Abracé á la prenda mía,

cual fuera un ángel del cielo,
y la llamé "mi consuelo,
mi única santa ilusión".

En su frente imprimí un ósculo,
como se besan dos seres
que congojas y placeres
comparten de corazón.
Y sus grandes ojos negros
en los míos se fijaron,
y al punto relampaguearon
como dos rayos de amor.

— ¿Me quieres? — Sí. Monosílabo
que es un poema de afecto,
sencillas letras de efecto
que eran himnos para mí.
— ¿Me quieres? — Sí. ¡Qué concisa!
¡Qué encantadora respuesta;
verbo que la vida cuesta
si se ama y espera el sí!

IV

Pasó un año. El mismo día
que batió sus negras alas
la mariposa sin galas,
la ingrata amiga murió
para mi amor. Cruel anuncio
recibí que me decía:
"Se casó tu ideal María
y se partió al exterior".

La muerte

- ¿Qué es la muerte? — ¿Principio de otra vida?
¿Transformación temprana?
- ¿Qué es la muerte? — ¿La rápida partida
y el eternal nirvana?
- ¿Todo abajo sucumbe con las almas?
Inconsolable idea.
- ¿Columbra la virtud eternas palmas,
y triunfo en la pelea?
- ¿Es la muerte jornada misteriosa
hacia costas ideales?
- ¿Hay justicia ulterior y victoriosa,
en lid contra los males?
- ¿El vuelo del espíritu se corta
concluída la existencia?

¿El anhelo del alma al fin aborta,
 palpando su impotencia?
 Este algo que rebulle en nuestra mente
 y en lo interior palpita,
 que en el cerebro es luz resplandeciente,
 y genio que se agita;
 esta voz que aquí dentro, en la conciencia,
 solemnes gritos lanza,
 ¿son nervios, sueño, instinto, acaso, ciencia,
 materia sin pujanza?
 ¿Son quimérico bien, fugaz meteoro,
 rara fuerza quizás;
 similar que remeda el brillo de oro,
 mentira y nada más?
 ¿Son chispas de San Telmo que un instante
 la nave de la vida
 iluminan? El pobre navegante,
 ¿ciega y se hunde en seguida? . . .
 ¿Qué decir? ¿Qué pensar? Serio problema
 que fatiga al mortal.
 ¿Merece bendiciones ó anatema
 su análisis formal?
 Insondable el arcano de la vida,
 lo mismo que la muerte.
 ¡Quién á saber la solución convida,
 que embista el trance fuerte!
 ¡Cuán distinto este viaje imaginario,
 como un juego de azar!
 Experiencia es la vida: es necesario
 dormir para soñar.

Aquellas noches visteis, sin nieblas, apacibles,
Pobladas de misterios y encantos infinitos,
Que con sus luces tenues y brisas bonancibles,
Convidan al silencio y á la oración benditos?... .

Incomprensibles noches en que se arroba el alma,
Medita y se recoge al contemplar el cielo :
Con inefable dicha y religiosa calma,
La idea se remonta en alas de su anhelo.

Mirando las estrellas, en sed de ignotos mundos,
Pensamos en la muerte que es germen de otra vida :
Nuestros presagios dulces, antojos gemebundos
A cielos no soñados emprenden la partida.

Errantes por regiones que vió la fantasía
De soles y de estrellas siguiendo los cambiantes,
Clamamos conmovidos : “ ¡Venid melancolía ;
Llegad lágrimas presto, del alma estimulantes !”

El llanto brota al punto cual fuente de consuelos,
Al recordar la efigie de seres que pasaron ;
De nuevo la mirada fijamos en los cielos,
Creyendo que allí quedan los que de acá volaron.

Vivid, vivid entonces en campos superiores,
Imágenes queridas que nunca se os olvida.
¡Oh, sombras del recuerdo ! ¡Oh, genios protectores !
Velad por las conciencias, sirviéndolas de egida.

Del trono sempiterno de luz y de alegría,
Cuidad al infelice que guarda vuestros nombres
En lo íntimo del alma. ¡Quién sabe si algún día
A visitaros suba del valle de los hombres !

La muerte será el signo que anuncie la partida,
 La muerte será el lazo que con vosotros me úna.
 Es duro persuadirse que sólo haya esta vida
 Que entre dolor fenece, pero después ninguna.

¿Ninguna? ¿Esto es posible? ¿Por qué tanto misterio
 De la terrena historia al fin no se sabrá?
 Hay algo, hay algo allende me grita con imperio
 No sé qué interno instinto; hay algo más allá .

El huérfano sensible que, herido de la suerte,
 Consúelase, aunque mira vacío el dulce hogar,
 ¿Impávido y mezquino ó resignado y fuerte,
 Si nunca ya á sus padres tornara á contemplar?

Espíritus de bardo, ardiente fantasía,
 Fuerzas ocultas, y alma, y mente soñadora,
 Con voces persuasivas, no es, dicen, utopía
 Los mundos que anhelaron donde feliz se mora.

El padre justiciero, la madre cariñosa,
 Columnas que sustentan el templo de los lares,
 En premio de sus actos, ¿tendrán sólo una fosa?
 ¿Cuatro mortuorias luces serán sus luminares?

De sus virtuosas luchas y abnegación constante,
 ¿Será la tumba humilde el único trofeo?
 ¿Y su final corona la cruz que en un instante
 Conviértese en polilla, en leño tosco y feo?

¡Ensueños, sombra, nada! . . . ¡Martirios y utopía,
 Si la justicia es burla y la virtud locura!
 Si allá no hay otra vida, triste papel haría
 La humanidad viviendo sumida en la amargura!

Escena infantil

I

¡CUÁN hermosa chiquilla! Me conmuevo
al verla sonreír,
con pinos de inocente complacencia,
creyéndose feliz!

He llorado al mirarla de rodillas,
cual casto serafín,
plegadas sus ebúrneas manecitas
en oración feliz.

La niña, como un ángel desprendido
del célico pensil,
valor me infunde y su inconsciente gozo
mitiga mi sufrir.

Me enternezco al mirarla de rodillas,
pidiendo á Dios por mí,

plegadas sus ebúrneas manecitas,
 cual casto serafín.
 Cuando mueve sus labios de frescura,
 y ora sin discurrir,
 he deseado saber su jerigonza
 para rezar así....

II

Tal contóme el anciano de ancha frente
 y cabellera blanca,
 contemplando á su tierna nietecita,
 que alegre jugueteaba
 con un grotesco rorro de madera,
 situándolo á horcajadas
 del pobre viejo de anchurosa frente
 en las rodillas flacas.

III

Y ante ese cuadro de pureza, miro
 dos cristalinas lágrimas
 que ruedan hasta el suelo, desprendidas
 de dos fuentes extrañas :
 de los ojos hundidos del anciano
 de cabellera blanca,
 y también de los míos que observaban
 del viejo la tez pálida
 que una gota brillante de rocío
 á refrescar no alcanza,
 en tanto que la niña, sonriendo,
 de nuevo cabalgaba
 al juguete, regalo del abuelo,
 en sus rodillas flácidas.

Azucena

¡OH, tú, como esa flor, hermosa y pura,
que perfumaste la existencia mía,
quitando de mi cáliz de amargura
toda la hiel que en su interior había!

Por tí me creo transformado y noble;
por tí, bien mío, renacer me siento;
arbusto fuí sin tí; mas fuera un roble,
con la magia, Azucena, de tu aliento.

¡Oh, qué impulso secreto, qué amor grande
me llevan hacia tí, sin saber cómo!
al renacer mi corazón, se expande,
sin conservar de su congoja asomo.

Es de la vida la estación ligera,
puñado de cenizas la vejez ;
juventud es la sola primavera
de esperanza, de amor y de altivez.

No es imposible nuestro amor, bien mío,
si con fe comenzamos la jornada,
si está lejos, muy lejos, el estío
y recién va clareando la alborada.

No es imposible nuestro amor : la intensa
pasión que nos consume es un volcán ;
déjalo estalle, y que su llama inmensa
nuestras almas abraze con afán.

Alienta juventud, y nuestras almas
en el crisol se avivan del amor ;
no temas que deshoje aquellas palmas
el invierno futuro del dolor.

Todo es posible cuando amor impera ;
todo es posible si cariño manda :
es peor el invierno del que espera
que del hombre á quien niegan su demanda.

Son los años un sople, y los recuerdos
flores de espino que huracán desgrana ;
sólo el amor, los íntimos acuerdos,
han suavizado la existencia humana.

La losa sepulcral tal vez mañana
cubrirá nuestras gratas ilusiones ;

dime entonces, mujer, casi mi hermana,
¿á do irán nuestros fieles corazones?

¡Oh, mi Azucena!, flor hermosa y pura,
alfombra con tu amor la senda mía ;
ámame, que el presente es mi ventura,
y el futuro . . . no llega todavía.

¿El futuro? Desgracia, olvido, muerte,
sombras, misterio, nada, mi Azucena . . .
¿Para qué abrir el libro de la suerte?
¿Por qué pensar en lo que causa pena?

Mi ensueño

¡SUBLIME amor!, aspiración eterna
de cuanto en la natura se levanta,
secreto móvil, esperanza eterna
de una vida mejor, feliz y santa.

Esta corriente de inefable gozo
busca y ansía por doquier mi mente,
soñando con la paz y el alborozo
que se desbordan de esa limpia fuente.

Cuando miramos la impotencia humana,
nos amarga su triste realidad
y entonces el ensueño, sombra vana,
es un lampo de hermosa idealidad.

Cuando levanto de la tierra el vuelo
y viajo por regiones infinitas,

cuántas veces, soñando, me consuelo,
y de duelos olvídomes y de cuitas.

¡Amor, sublime amor! alma gigante
que impalpable te agitas por la tierra,
irradiando calor fortificante
que virtudes innúmeras encierra.

Es mi ensueño brillante una corona
para la virgen que, piadosa y noble,
la antífona del bien dice y entona
con indomable voluntad de roble.

Y si, modesta, la intuición abriga,
merced á su inocencia y sus deberes,
de una patria inmortal, Dios la bendiga,
para norma escogida de mujeres.

Si en la región azul de la quimera
no existiese una vida mejorada,
siempre más grato á los mortales fuera
soñar con ella, que llorar su nada.

¿Para qué marchitar las ilusiones
de los seres que van por la existencia
regando por doquiera abnegaciones,
como lluvia de flores de inocencia?

¿Para qué, con la duda abrumadora,
el dulce anhelo de otro edén borrar,
destruir sus esperanzas en una hora
y sus místicos sueños disipar?

¡Amor, sublime amor!, perfume suave
que llena el corazón de esencias puras.

¡Amor, sublime amor!, canto de un ave,
no de abajo, sinó de las alturas.

¡Ay! el placer, como huracán tremendo,
todo arrasa si sólo es material.

¡Amor, sublime amor!, yo te comprendo
como artístico goce espiritual.

Quisiera ser amado con ternura
por un ángel de bien que me consuele,
que derrame beatífica ventura
y en torno de mi vida siempre vele;

que, penetrando en mi cerebro, sea
el fósforo vital del pensamiento,
y el numen que brillante cuanto crea
la rauda fantasía del talento;

que por su afecto olvide hasta que moro
en un valle de lágrimas y penas;
que le pueda decir: "mi bien, te adoro,
alma de mi alma, sangre de mis venas";

que por los lazos de ilusión unidos
marchemos en jornadas de armonía,
los dos en una idea confundidos,
un solo luminar por nuestro guía;

que, envuelto en sus plegarias, yo me vea
despojando del hábito mortal;

que ante sus aras como un santo sea
y con su ejemplo no conozca el mal;

que, sincero creyente, me arrodille
cuando la tarde su crespón despliega,
ensalce el bien, sus obras maraville,
ante quienes el hombre se doblega;

que, respetuoso, la cabeza incline,
mezclando con la suya mi oración,
y mire, con la fe, que se encamine
del deber á la fúlgida mansión.

Entonces, conmovido, colocara
mis lauros juveniles en su sien,
y mi lira á sus piés depositara,
como tributo de mi amor también.

Huérfano.....

DESPUÉS de las borrascas de mi vida,
sumergido en la sombra, me hace falta,
Madre mía, tu luz; ya no penetra
esa aurora boreal dentro de mi alma.
¡Duermes, Madre querida! ¿Dónde estás?
¡No escuchas, no, de tu hijo la plegaria!
Mártir fuiste en la tierra.... Tu partida
fue el final sacrificio.... Adiós!.... Descansa.
Descansa, Madre. Un mundo de amargura
apuraste aquí abajo.... Fuiste santa,
justo es que tus ideales se coronen ...
¿Por qué entonces no secas ya mis lágrimas?
En el cielo reposas, mas te lloro....
De tu amor me devora la nostalgia....
Cada día te extraño y te recuerdo;
cada hora noto más que me haces falta.
Ya duermes, ya triunfaste; sin embargo,
¡torna al mundo, por Dios, vida de mi alma!....

Madre é hijo

Tú eres el sacro numen, voz del cielo,
que levantas mi humilde corazón;
yo soy el bardo triste y sin consuelo
que busca tu divina inspiración.

Tú eres, madre de amor y bondadosa,
del hogar la lumbrera y esperanza;
yo tu hijo soy; cobíjame gustosa
con tu manto bendito de bonanza.

Tú la diosa abnegada del ejemplo,
que derramas el bien, precioso dón;
yo soy el sacerdote de tu templo,
que con fe te dirige una oración.

Tú eres de intensa luz perenne faro,
que aclaras el oceano de mi vida ;
soy náufrago infeliz que pide amparo
en la noche del mal obscurecida.

Tú, espíritu sagaz y cariñoso,
que buscas para mí sana instrucción ;
yo, discípulo humilde y fervoroso
que acoge tus palabras por lección.

Tú eres aurora espléndida del día,
que disipas las sombras de mi mente ;
yo el crepúsculo soy ; haz, madre mía,
que triste no agonice en occidente.

Tú el árbol secular de la montaña,
que das sombra y refugio al peregrino ;
yo arbusto sin valor, yo débil caña,
que se doblega en medio del camino.

Vigila que no muera pisoteada,
ni le arrebate el fiero vendaval ;
y así reviva por tu amor cuidada,
crezca así con tu savia celestial.

El cuento de la abuela

¡CUÁNTO tiempo ha transcurrido!
Lo recuerdo apenas, como
un descolorido cromo
barnizado años atrás.
En confusión por mi mente
de otra edad pasan visiones,
realidades é ilusiones
que se alejan más y más.

Recordar, sentir, dudar
si las flores de la infancia
sólo mentida fragancia,
ensueño, quimera son ;

si es dichoso el inconsciente
niño, que no sabe nada,
ó el hombre que en la jornada
corta encuentra su razón ;

Evocar viejas imágenes
de tantos queridos seres ;
citar nombres de mujeres
á quienes se amó una vez ;
agitar los atabales
de la gloria fugitiva ;
ansiar que el muerto amor viva,
¿es gozar ó padecer?

¿Alegra el viaje á los mundos
del pasado? ¿Se consuela
quien suspira por la abuela
que es reliquia del hogar?
La pobre vieja, sentada
en la alfombra, entre sus brazos
me tenía. ¡Dulces lazos
que no me han vuelto á ligar!

Su cara, con más arrugas
que un estropeado vestido,
en cada línea "he sufrido",
decía con leda voz.
Y las ojeras profundas,
más terrosas que violadas,
eran notas apagadas
de experiencia y reflexión.

Por veneración que inspiren,
las abuelas son arpías,
sombras de mejores días,
antes que se ponga el sol.
La tempestad de los años
deja asolado el sembrío:
las abuelas sienten frío,
y las jóvenes calor.

Porque es al sepulcro helado
semejante la vejez,
tierra de triste aridez
el que fue bello jardín.
La juventud es promesa,
la ancianidad desengaño;
la una es hoy, la otra es antaño;
una principio, otra fin.

— Abuela — Mi hijito — ¿ Abuela?
— ¿ Qué deseas? — Que una historia
me cuentes — Ya mi memoria
se ha secado, y nada sé.
— ¿ Mucho has vivido, abuelita?
¡ Cruel y sencilla pregunta
del niño, que no barrunta
que vivir es padecer!

— Casi un siglo, respondiome
— ¿ Qué es un siglo? — Son cien años
de sucesos tan extraños
que no podrás comprender.
Abrumado por el número

y abriendo tamaña boca,
nada repuso mi loca
inteligencia, y callé.

La noche era obscura y fría.
Entraban rachas de viento
en el humilde aposento
por el rompido cristal.
De la mortecina lámpara
la luz vacilaba á ratos;
temblaban viejos retratos
al soplo del vendaval.

Los mechones de cabellos
ancos de la pobre anciana
ovíanse. La ventana
abría de par en par.
Me arrojaba sus saetas
el miedo Sobrecogido
de espanto, lancé un gemido
y después rompí á llorar.

En mi infantil fantasía,
figurábame los siglos
como fantasmas, vestiglos,
demonios ó no sé qué
Por esto, cuando explicóme
mi abuela qué son cien años,
la ví con ojos extraños
y confundido lloré.

Pasadas las impresiones
de mi ignara fantasía,

un cuentito le pedía
á la abuela por favor.
Como respuesta elocuente,
en lugar de la conseja,
prodigábame la vieja
sus caricias con amor.

Tanto insistí, que la anciana,
evocando de sus días
mejores las alegrías,
empezó con sencillez :
“Lo que voy á referirte,
hijo mío, es la verdad;
eres muy niño : á tu edad
no me podrás entender”.

Y contóme no sé qué.....:
alegres y tristes cosas,
entre serias y jocosas,
con encantadora fe;
milagros que en su niñez
alcanzó con oraciones;
portentosas conversiones
del patriarca san José ;

Hojas de su viejo libro ;
lecciones de la experiencia ;
episodios de la ciencia
esotérica del bien.
Y dióme consejos tales
para esta vida de abrojos,



que fuí cerrando los ojos....
y dormido me quedé.

¡Cuánto tiempo ha transcurrido!
Lo recuerdo apenas, como
un descolorido cromo
maltratado por la edad.
La anciana de faz de cera,
arrugada y ojerosa,
cual imagen lacrimosa
del dolor, no existe ya.

De entonces, todo ha cambiado....
La inocencia huyó tan lejos....
De consejas y consejos
fenece la antigua luz.
Cual descolorido cromo,
en mi memoria se esfuma
la infancia, copo de espuma
de un mar de ilusión azul.

No creo al pie de la letra
las novelas de la vida :
sólo es cierto la mentida
relación de mi niñez.
Lo demás, son cuentos raros,
que el dolor ó el gozo inventa ;
decoraciones que aumenta
el prisma de nuestra fe.

Soñamos, soñamos siempre,
ya dormidos, ya despiertos....

Sólo los sueños son ciertos :
el despertar, decepción.
Las fábulas de la abuela
son la verdad de la infancia:
Disipada esta fragancia
todo es falso á la razón.



Llevada de la vida en la corriente,
marchó la abuela del sepulcro en pos,
cargada de pesares y abatida
su frente con el sello del dolor.
Cada día que pasa es un problema
de insondable, difícil solución,
que el porvenir plantea, rechazando
las consejas del tiempo de candor.

En el erial

I

¡CUÁNTAS veces las noches de octubre ardiente,
mientras el viento norte rugía inclemente,
en silencio pasamos, hora tras hora,
esperando anhelantes hasta la aurora,
descienda á torrentes la lluvia bendita
en esta llanura sedienta y marchita !
La soledad augusta, cabe su tienda,
como único vigía, guarda la hacienda.
Los sirvientes duermen su profundo sueño,
cual bajo el influjo de letal beleño.
Cuando el ábrego sopla con más fiereza,
parece que el agua á caer empieza,
y mirando al cielo llenos de alegría,
se aguarda, . . . se espera, . . . y al fin viene el día.

Las puertas rechinan. El sueño no llega...
Y así cuántos días nos mata esta brega.
La tempestad huye, calcínase el prado.
¡Qué clima tan seco, qué sol tan pesado!
Otras noches de estío, junto á la mesa,
muy quedo charlamos. Pizmienta pavesa
de luz vacilante muere en la bujía,
y queda más fúnebre la estancia sombría.
Nos embarga entonces dolor infinito.
Tú enmudeces triste; yo callo y medito.
¿Qué olvidadas memorias, qué sentimientos
por la mente desfilan? ¿Qué pensamientos
siniestros nos acosan? ¿En nuestras almas
los tránsfugas ensueños no baten palmas!
Con vaga sonrisa, que mi sangre hiela,
afinar te siento la pobre vihuela,
único instrumento que nos acompaña
en el desamparo de aquesta cabaña.

II

Tu mano delicada hiera las cuerdas...
Al suave punteo, qué mundos, ¿recuerdas?,
qué mundos reviven de viejas historias,
antiguos ensueños y pasadas glorias.
Suena la guitarra, solloza, suspira:
esas ledas voces parecen de lira.
Sus ayes son ecos de tantos dolores,
su música evoca esferas mejores.

¿Qué dice aquel dulce y arcano lenguaje
 cuando entre los dedos se agita el cordaje?
 Habla la guitarra: sus sentidas notas
 son suaves palabras de frases ignotas.
 La vela agoniza... El calor no calma ...
 Tu vihuela sigue destrozando mi alma.
 Cabizbajos, tristes, no sé en qué pensamos,
 pero ambos muy quedo, muy quedo lloramos.
 Lucernas, cocuyos, en la noche obscura,
 aquí y allá brillan; pero nada augura
 la lluvia deseada. Monótono canto
 las ranas entonan. ¿Es risa ó es llanto?
 [Campoamor pregunta si el canto del ave
 es risa ó es llanto, porque él no lo sabe].
 La chicharra aturde con su eterno ruído
 y á ratos se escucha lejano mugido.
 Algunos insectos, negras mariposas,
 revuelan y saltan por todas las cosas.

III

¿Por qué, al empezar, ríes, amada mía,
 si en lágrimas concluye tu melodía?
 Tu nerviosa sonrisa va al corazón.....
 Dime: ¿es burla ó despecho? ¿Es resignación?
 Justo es que lloremos, mi tierna pastora,
 al són de la dulce guitarra que llora:
 el llanto es amigo, consuelo y bonanza:

gimamos á solas; pero haya esperanza.
La vida es combate, pesar es la vida:
amándonos siempre, luchemos, querida.
¿Acáso á las cuitas que son sin remedio
las armas se oponen del temor y tedio?
Bregar es hermoso con firme cabeza.
El triunfo es corona de la fortaleza.
Si amor nos alienta con fuego latente,
¿por qué ha de abatirse al dolor la frente?
A los desalientos y á la cobardía,
suceda el trabajo que infunde alegría.
Constancia bendita, sudores y empeño
el erial transforman en jardín risueño.
Así la esperanza que nos alimenta
al árido pecho ablanda y alienta;
es fuente que mana, siempre gota á gota,
y jamás se cansa y nunca se agota.
Valor y Trabajo, Amor y Esperanza,
unidos, son dicha y eterna bonanza.
¿Qué importa del síno la sentencia dura
si ellos nos brindan su arcana dulzura?
La ciega fortuna, flor envenenada,
si la paz desprecia, no sirve de nada.
Vívidas corolas de fragante esencia,
¿qué sois si al gustaros cegáis la existencia?
Suene la guitarra con el yaraví
y unidos, bien mío, lloremos así.
El llanto es amigo, consuelo y bonanza:
gimamos á solas, pero haya esperanza.

IV

Cuántas veces á la triste melodía,
como fuente de consuelos, sucedía
una mar de reflexiones saludables
de propósitos valientes y laudables.
Mas también, como siniestras tentaciones,
los rebeldes pensamientos y razones
tu buen ánimo azuzaban, y veías
de este mundo los contrastes é ironías.
Los injustos atropellos de la suerte,
la verdad abrumadora del más fuerte,
fomentaban, cual aristas en la hoguera,
santa cólera y venganzas, ¡quién creyera!,
inflamando más tus iras: era entonces
tu alma tierna de paloma, cual de bronce.
Vertías, como hiel glauca y agria flema,
un raudal de interrogantes. ¡En blasfemia,
tus preguntas inocentes, tus bondades,
convertíanse, ángel puro! Gravedades
de admirable candor eran tus problemas
y tus dudas otros tantos anatemas.
Y las múltiples desgracias y lacerias
revivían, con su corte de miserias.
Si la tierra calcinada no da bruto ;
y sediento se aniquila el noble fruto ;
si en los campos blanquecinos no hay verdura ;
si de anemia consumida la natura,
sólo abrojos, sólo espinas y no flores
multiplica inútilmente en los alcores ;
si en el cielo, cual de bronce, no hay un signo,

pluvial nube, nada, nada de benigno ;
si los árboles desnudos y las lomas
abandonan golondrinas y palomas
por el hambre compelidas ; si el gusano
se retuerce en pos de hierbas y de grano,
¿cómo pueden, de fe henchidos, los mortales,
en presencia de quebrantos y de males,
levantar hacia la altura, agradecidos,
sus plegarias y sus ojos conmovidos?
¡Bendigamos la divina providencia,
caridad inagotable, luz y ciencia!

V

Justo es que lloremos, mi amada pastora,
al són de la dulce guitarra que llora.
Personales infortunios, ruinas propias
en mi pecho vais dejando crueles copias.
Las desgracias de la hacienda, la sequía
de estos años espantosos ; carestía
de jornales y semillas ; el ganado
consumido por la hambruna y apestado ;
las heladas que destruyen los sembríos ;
el verano que evapora hasta los ríos ;
los temblores, las reyertas intestinas
y las dudas, punzadoras como espinas,
todo, todo, desfilaba velozmente,
virtuosa gacela mía, por tu frente....
Justo es que lloremos, mi amada pastora,
al són de la dulce guitarra que llora.

VI

Basta, mi bien. ¿Escuchas? Trueno lejano
 ¿Oyes? El rumor crece; mas todo envano.
 La tempestad no llega, sigue el estío
 y la brisa es de fuego. ¿Qué hacer, bien mío?
 Combatir la inclemencia del cielo azul;
 de la fe vacilante rasgar el tul;
 amasar con sudores el negro pan;
 imprimir á las almas un mismo afán;
 á la suerte voluble, con nuestro amor
 hacer frente impasibles, esto es valor.
 No te asuste, ángel bueno, la soledad
 si gozamos de agreste tranquilidad.
 La montaña es emporio de cosas grandes,
 y con agua, es sublime como los Andes.
 Pasará la sequía de este verano
 y verás los primores del verde oceano.
 ¡Qué paisajes, qué cuadros, qué maravillas;
 encantadas llanuras de nubecillas!
 ¡Qué cielo de promesas, do se encamina el alma,
 sedienta de mercedes en esta augusta calma!
 Cuando con sed ardiente de perfección y ciencia,
 la fantasía viaja por mundos siderales,
 no sé que interna dicha recibe la conciencia
 que, absorta ante lo espléndido, se olvida de los males.
 La inmensidad deslumbra, lo bello nos atrae.
 ¡Cuánta emoción te causa la bóveda infinita!
 Te miro resignada; tu fe ya no decae.
 Tienes razón: avanza la tempestad bendita.
 Es tiempo de esperanzas: la lluvia bienhechora
 transformará el desierto. ¡Valor, trabajo ahora!

Flor ideal

DEL enfermo las dolencias amortigua tu cariño,
¡abnegada criatura, inocente como un niño!
Caridad es tu divisa, bella flor de sufrimiento,
que recoges las espinas y tu aroma das al viento.
A la orilla de los lechos donde gime la pobreza,
una súplica murmuras de consuelo y de terneza:
en tu seno se reclinan los heridos de la suerte
que su espíritu encomiendan en los brazos de la muerte.
Alma mística que viajas por los tristes hospitales,
do se anidan los dolores y el pesar inventa males;
que palpitas en los campos de batalla; que te lanzas
donde hay lágrimas y penas con tu fardo de esperanzas
y tus bálsamos celestes que bondad y fe pregonan.
Si tu báculo se rompe, si las fuerzas te abandonan,
si las balas te destrozan, si sucumbes en la vía,
¿seguirán otros viajeros, con idéntica energía,

ya tus huellas, ya tu ejemplo, hasta el fin de la jornada,
para darte sepultura en región quizá ignorada,
donde cruz sencilla y tosca, como túmulo postrero,
se levante, proclamando tu valor de misionero?
De la aureola de los mártires has formado tu bandera,
y es tan pura y tan sublime, que reluce por doquiera:
la tremoles en la cumbre del Tabor ó del Calvario;
donde moran las virtudes ó del vicio en el osario;
entre cármenes la agites ó en la humana podredumbre;
todos, todos la bendicen; todos ven su sacra lumbre.
En la tierra de pesares, orfandad, amargos duelos,
das refugio y pan, y enseñas el camino de los cielos,
con tu práctica pródiga de paciencia sobrehumana,
con tus obras eficaces de amor santo, noble hermana,
flor piadosa y perfumada, azucena, blanco lirio,
que una herencia te dió el mundo: sus espinas y martirio.



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
 BIBLIOTECA NACIONAL
 QUITO

FECHA DE DEVOLUCION		

860-1(866) Andrade 6155-'90
 A553i Andrade Coello, Alejandro 1881-1943
 Ej.2 La tentación versos en agraz

FECHA	LLEVADO POR

860-1(866) Andrade 6155-'90
 A553i Andrade Coello, Alejandro 1881-1943
 Ej.2 La tentación versos en agraz